

BOLSLIBROS
EASA

TERROR

J. Tell

A FUEGÔ LENTO



TERROR &



© J. Tell 1976
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00480-0
Depósito legal: M. 34.606 - 1976

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**A
FUEGÔ
LENTO**

J. Tell

**E
a**

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

D

E repente comenzaron a sonar estridentemente las señales de alarma. El vigilante de la planta baja fue el primero en reconocer la causa. ¡Fuego! Una densa humareda ascendía por el hueco del montacargas.

Sin perder la serenidad, corrió hacia el rincón donde colgaba un extintor de espuma. Lo desenganchó y se asomó al rellano de la escalera que conducía al sótano. Le bastó una ojeada para comprender que su gesto era inútil.

Las llamas se elevaban con un lengüeteo feroz, goloso. Y no tardarían en alcanzar a las materias combustibles almacenadas en las naves que daban a la margen derecha del río, lo que transformaría el lugar en un verdadero infierno.

Al volverse y retroceder se encontró con su compañero de la planta superior.

—¿Có... cómo ha podido ocurrir, Bob?

—No lo sé, Peter. Oye; vámonos de aquí. Los bomberos no tardarán en acudir.

—Sí. Pero no comprendo... ¿Has comprobado si estaba cortada la corriente eléctrica?

—Todo correcto por ese lado. ¡Vamos!

Se apresuraron a abandonar el edificio. Justo cuando salían al jardín que rodeaba el conjunto de grises construcciones de la Cheplor (Chemical Pláctic Orb), oyeron las sirenas que anunciaban la llegada de los coches contra incendios. Aún quedaba claridad diurna suficiente y la temperatura era agradable en aquella tarde de finales de mayo, si bien la proximidad de la corriente fluvial refrescaba la atmósfera.

Multitud de curiosos comenzaron a congregarse. Las dos unidades del parque de bomberos se detuvieron e inmediatamente saltaron los hombres que se apresuraron a extender las mangueras. El jefe se acercó a los dos encargados de la seguridad de la empresa fuera de las horas de servicio.

—¿Qué pasó, Bob?

—¡Que me muelan si lo sé, Ringley! Todo parecía normal. Hacía un par de horas que habían salido de los laboratorios y de los despachos.

—¿Nadie en el interior?

—No... a menos que se ocultase dentro de un armario. Pero en ese caso todavía estaría ahí.

—Ya. ¿Y la electricidad?

—Cortada. Igual que el gas. Naturalmente deberá hacerse para todo el sector.

—Sí.

No bastó con aquel grupo y hubo de avisarse a Worcester y a los servicios de la Base Aérea de Westover. Los productos guardados en los sótanos, todos altamente inflamables por la índole de los trabajos que se realizaban en la Cheplor, ardieron pese a todos los esfuerzos para evitarlo.

En la noche, que rápidamente sobrevino, la hoguera así producida iluminaba casi un cuarto de milla de radio. Más pese a la aparatosidad del siniestro pudo rescatarse lo más importante de los laboratorios y los documentos de las dependencias administrativas. El director de la Compañía, Harvey Merle, y algunos otros miembros del personal investigador, había acudido y participaron en los trabajos de recuperación.

También hicieron acto de presencia el Jefe de Policía, teniente Glenn Bodman, y un par de agentes.

—Si el fuego queda reducido a esas naves —le informó Merle—, el asunto, aunque fastidioso, carecerá de importancia.

—La importancia, doctor, de este incendio no es tanto por las consecuencias sino por el hecho en sí —objetó Bodman, que pertenecía a la vieja escuela—. En primer lugar, ¿cómo supone que pueda haberse producido ese fuego si no quedaba nadie ahí dentro y estaba cortada la corriente eléctrica y el gas?

—Pueden ser muchas las causas, teniente. Habrá que esperar el dictamen de los peritos.

—¡Hum! sí.

El policía se abstuvo de insistir sobre aquel punto. Como había dicho Merle era necesario esperar el informe de los expertos. Pero había algo que le inquietaba y era que la Cheplor trabajaba en un proyecto muy ambicioso, un nuevo material plástico capaz de remplazar el fuselaje corriente de los aviones y de las naves espaciales. Y existía un enorme interés por aquello, al que no era ajeno el propio Gobierno.

Al retirarse e ir a introducirse en el coche azul pálido, uno de los agentes le previno.

—¿Se ha fijado, teniente? Allí, en aquella esquina, detrás de esa fila de curiosos.

Se trataba del rostro deformado de una mujer, una muchacha oscura, hinchada, la huella de una atroz quemadura. Bodman no pudo reprimir un escalofrío.

La visión se mantuvo unos segundos y desapareció perdiéndose entre la

gente. Por un momento, el teniente estuvo tentado de ordenar que la siguieran, pero no sabía qué significado ni relación podría tener con aquel caso, así que desistió.

Otra persona había notado también la impresionante, atormentada máscara. Xenophon Karnoss, ingeniero químico especializado en plásticos y jefe de un departamento de la Cheplor. Y en su interior se alzó como la sombra de un monstruo, una infrahumana criatura, renaciendo de entre las humeantes ruinas. Y con ellas toda una serie de recuerdos.

Una construcción como aquella ardiendo, unos seres luchando por salir de entre los muros que se derrumbaban, sus gritos y la cara de uno de los accidentados convertida en una masa irreconocible, achicharrada.

Pero no era posible tal cosa. Sin embargo, no se trataba de la primera vez que se le aparecía ese fantasma del pasado. Dos años antes, en Taunton y con ocasión de otro incendio, pudo verlo igual que ahora. Y hacía ocho meses, en Worcester...

—¿Qué te pasa, Xen?

Se volvió, sobresaltado. Era su compañera Marion Egan, fisióloga y especialista en los productos derivados del petróleo. Alta, morena, cuerpo trabajado a conciencia por el esquí y la natación, rostro de rasgos finos, afilados, que le proporcionaban cierto gesto de avidez, de avaricia.

—¿Eh? No, nada. Me pareció que...

—¿No es una extraña coincidencia?

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo de este incendio. Harvey no puede disimular que está preocupado.

—Sin embargo, no parece que haya pasado nada. Quiero decir...

—Sí; que el fuego no ha destruido ese importante proyecto. Tampoco afectó el incendio a la investigación en Taunton o en Worcester... Pero lo que preocupa a nuestro director es que todos parecen poseer idénticas características. En este se emplean los mismos factores... por lo menos hasta el momento. El edificio vacío, sin electricidad ni gas... y de repente comienza a quemarse «algo».

—¿Algo? Bien; las veces anteriores se dijo que...

La mujer se echó a reír, una risa dura, mordiente.

—Se dijeron cosas muy peregrinas, Xen. Que pudo ser una chispa que llevó al almacén una ráfaga de viento o la caída accidental de un frasco que provocó una mezcla con desprendimiento de calor y que... Pero eso pudo ser verdad la primera vez. Más ¿y lo de Worcester... y esto?

Con otra risita se apartó de su lado. Karnoss la siguió con la mirada unos segundos. Decididamente no le agradaba Marion. Se mostraba siempre reticente, como si estuviera en el secreto de muchas cosas. Aparte de eso, y reconociendo que era hermosa, había en ella una especial dureza y

acritud, como si su naturaleza fuera producto de algún mestizaje con una raza primitiva.

Pero sin duda lo que había dicho contenía una gran dosis de realidad. El primer incendio pudo ser casual. El de Worcester ya era extraño. Y el de ahora. Luego, estaba la mujer con el rostro quemado. ¿También una casualidad? Y, sobre todo, lo del muñeco... ¿Se encontraría esta vez entre las cartas y paquetes postales de su buzón?

Existían, por otra parte, muchos detalles que al calor —nunca tan bien expresado— de lo ocurrido adquirirían un especial relieve. Por ejemplo, la tonta confusión de la otra noche cuando recibió aquella llamada en su piso y creyó que era de los «amigos» interesados en negociar cierta información. Por suerte, se dio cuenta a tiempo y no «picó». Pero, ¿quién y cómo pudo saber aquello? ¿O fue una coincidencia?

Con lentitud se aproximó al grupo que centraba Merle. El fuego estaba dominado y la mayoría de la gente comenzaba a retirarse. Estaba hablando el jefe de bomberos.

—... no conozco ninguna materia con una combustión tan lenta como para tardar dos horas en prender. Lo que sí cabe suponer es que sea un acto provocado.

—No lo entiendo. ¿Se refiere a un sabotaje?

—Bueno; existen tipos por ahí capaces, mediante diversos trucos, de hacer que en un momento dado salte una chispa o se derrame un líquido inflamable. Basta una llamada de teléfono, un timbrazo o una vibración cualquiera. ¿Sabe cómo consiguieron que ardiera una vieja granja en Dakota del Sur? Pues haciendo pasar en vuelo rasante sobre el techo a una avioneta, lo que provocó que unos botes llenos de un líquido inflamable se volcaran y reaccionaran con otro preparado químico y... También se utiliza mucho dejar una vela encendida unida por una base a unas tiras de plástico... Sam Scarlow fue el tipo que inventó eso.

—Sí, sí; todo está muy bien. Pero eso supone que haya habido alguien que lo preparara. Y en nuestra empresa funcionan diversos sistemas de seguridad, pues usted sabe que actualmente desarrollamos un proyecto muy especial. Una vez que se concluye el trabajo, nadie permanece en el interior excepto los vigilantes. Y estos revisan las salas antes de su cierre y, luego, periódicamente.

—Pues si es así... imagino que no queda sino el que haya sido un accidente. Ya sabe, una rata que muerde una cerilla, una colilla que alguien haya arrojado desde lejos...

Pero estaba claro su escepticismo. Karnoss no quiso entretenerse más y se encaminó hacia su coche. Se cruzó con Herman Tobin, que trabajaba en el mismo departamento que él como ingeniero de aviación, especializado en la construcción de fuselajes y resistencias de materiales.

—¿Qué sucedió, Xen? Estaba en el apartamento cuando me avisaron.

—No parece que haya sido importante, Herman: un incendio en las naves de almacenaje, pero ya lo han dominado.

Sabía lo que iba a decir el otro y no le sorprendió oírsele.

—¿Y ha sido igual que...?

—Lo mismo. De repente comienza «algo» a echar humo y llamas y... ¡puff!

Tobin le clavó sus negros, hundidos ojos, con una interrogación a la que no podía dar respuesta. O tal vez sí, solo que necesitaría antes confirmar sus sospechas.

—Supongo que tendrán que investigar a fondo los de la Compañía de Seguros y la Policía —manifestó Tobin—. Por ese proyecto me refiero.

—Sí; ya nos dirán lo que sea. Adiós, Herman.

Definitivamente subió a su automóvil y lo puso en marcha. Enfiló por Columbus hacia el centro. Se desvió seguidamente por State hasta alcanzar los bloques de viviendas de Milbraham. Era una lujosa zona residencial, donde tenía alquilado un «dúplex» de trescientos dólares mensuales.

Al entrar en el piso comprobó que aún funcionaba la calefacción y se quedó con solo la camiseta. Se preparó un «bourbon» y se tendió en el sofá del pequeño salón, dispuesto a reflexionar sobre lo sucedido. Conforme pensaba en ello, en su interior se creaba, por contraste con el cálido ambiente, un gélido vacío, como un hueco en el que se conservara algún trozo de carne cruda que, bastaría cediera un poco la temperatura, para que se corrompiera.

Él sabía muy bien la clase de cadáver que se mantenía en el congelador de su cerebro. Y por todos los medios se esforzaba en que no «reviviera», que no iniciase nuevamente, semejante al monstruo de Frankenstein, un camino de crímenes y destrozos.

Mas parecía que, o bien un inaudito azar o un espíritu malintencionado, trataba de que el tenso equilibrio se rompiese. Eran tres inexplicables incendios los acaecidos en los últimos tiempos y siempre coincidiendo con su presencia en las sucursales de la Cheplor. Aquel último, allí en Yellowfield, por sus especiales circunstancias, culminaba el absurdo proceso.

Luego, la aparición de aquella faz quemada entre los espectadores del siniestro. Naturalmente debió ser tan solo una alucinación; no era posible que fuera ella. Le constaba que el ser a quién pertenecía semejante carátula dejó hacía tiempo de existir. Aunque cabía el que...

El timbre del teléfono le arrancó de su intensa meditación. Extendió el brazo y tomó el auricular de sobre una mesita cercana. Enseguida, se le introdujo en el oído, como un abejorro zumbador y coloreado, la voz de Ethel, su prometida.

—... ¿Qué tal, Xen? ¿Pensando en el porvenir?

—... Hola, Ethel. Esperaba que me llamasen. Necesito verte.

—... ¿Ah, sí? ¡Que novedad! ¿Acaso estás preocupado por lo del incendio?

Karnoss se estremeció. Le resultaba siempre algo misterioso, inquietante, la forma en que Ethel adivinaba su pensamiento. Claro, que en aquel caso no era difícil; seguro que la noticia se había propagado casi con la misma rapidez que el fuego por toda la ciudad y los periódicos de la tarde ya la tendrían recogida en sus últimas ediciones, aparte de lo que hubieran informado la radio y la televisión.

—... Pues en cierto modo hay algo de eso, Ethel. Me preocupan las consecuencias que pueda traer.

—... ¿Por qué, querido? ¿Qué tienes tú que ver con eso?

—... ¡Oh no, nada, por supuesto! Pero estamos trabajando sobre un proyecto muy importante y naturalmente... Oye; ¿por qué no nos citamos y te lo cuento todo?

Ethel no dudó mucho y quedaron en reunirse una media hora más tarde en el bar del Centro-Club, en Chesnut. Karnoss se puso con rapidez a prepararse. Se duchó y pasó la afeitadora eléctrica por la barba. Y comenzó a vestirse. Se abrochaba la camisa cuando sonó el timbre de la puerta.

Extrañado, porque no esperaba a nadie, fue al pequeño «hall» y abrió. Ante él se erguían dos individuos de parecida contextura, trajeados tal cual, aunque el uno rubio y el otro de pelo castaño y ojos grises y pardos respectivamente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué mil diablos venís a este sitio?

El rubio se adelantó y lo empujó con la palma de la mano para apartarlo. Le siguió su compañero que cerró tras sí.

—Oiga, Karnoss; usted no debe molestarse porque le hagamos una visita. ¿No es así, Stan?

—Justo, Oliver. Somos socios.

El propietario del piso no parecía estar muy de acuerdo con lo expuesto por la pareja. Estaba realmente furioso y no lo disimulaba.

—¡Malditos idiotas! —gritó—. Todo nuestro trato puede ir al cuerno si por casualidad os han visto entrar aquí. Especialmente ahora, después de lo del incendio.

Stan se echó a reír mostrando una pareja y limpia dentadura. Adquirió un parecido extraordinario con un galán «duro» del cine.

—¡Ahí nos duele, amigo! —exclamó—. Ahí. ¿Qué pasa con ese incendio? ¿Piensa que el señor Puppetstick es tonto?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Me ha entendido a la perfección. Se le ha pagado ya demasiado para que venga ahora con el truquito del fuego. No nos gustaría nada que esa

fórmula para el nuevo material se «perdiera». ¿Comprende?

Karnoss sacudió su cabeza con impaciencia.

—¡Que estupidez! El incendio ha sido solo en los almacenes, no ha afectado para nada al proyecto.

Los dos visitantes le estuvieron examinando un rato con suspicacia.

—Si es así... —masculló Oliver que era el del cabello claro—. Pero no se olvide que al señor Puppetstick no le va a gustar que haya más dilaciones ni, menos, escamoteos al final. Usted se comprometió a...

—¡Lo sé, lo sé! Lo único que puede estropear el acuerdo es vuestra presencia aquí. Así que ¡largo!

Todavía vacilaron unos segundos. Por fin, Stan se encogió de hombros y le hizo un guiño a su compañero.

—Vamos, Oliver.

—Sí, Stan.

Desde la puerta se volvió el rubio.

—Y no tenga tanta prevención por nuestra presencia en su casa, Karnoss. Somos ciudadanos respetables.

—Eso —corroboró Stan—. Nada de agentes al servicio de una potencia extranjera. Los negocios del señor Puppetstick son perfectamente honorables.

—Casi puede decirse que todo permanecerá en casa.

Tan solo un par de minutos después que hubieron desaparecido los chulescos sujetos, reaccionó Karnoss. Concluyó entonces de vestirse y, mientras lo hacía, su pensamiento se debatía en una pugna consigo mismo. Aquellos tipos eran cada vez más molestos. Y podían ser peligrosos en las actuales circunstancias.

Claro que le importaba poco que llegaran a enterarse de su trato con ellos. No les había pasado más información que la completamente normal y al alcance de cualquier científico. Y, por supuesto, no estaba dispuesto a revelarles el secreto del nuevo producto: cuando se hubiera terminado el proceso y se hubieran efectuado todas las pruebas, ya inventaría algún truco para justificar el poder entregar la fórmula al final.

Solo que si el grotesco señor «Puppetstick» (algo así como «Tentetieso» o «dominguillo») se dedicaba a mandarle los payasos aquellos, todo el asunto podía irse al garete. Lo más fastidioso era que no conocía al financiero que se ocultaba tras aquel nombre evidentemente falso, pues su relación con él se hizo siempre a través de intermediarios, de los que tampoco sabía su identidad.

Ahora se daba cuenta de que había procedido como un tonto no comprobando algo tan elemental. Y para colmo surgía el incidente del incendio... de los varios incendios.

Con una sacudida alejó aquellos pensamientos de su cabeza y salió del

apartamento. Se consolaría con Ethel, su novia, la hija del Senador Morton Danglan, aunque hacía tiempo que sospechaba que aquel era otro capítulo poco claro de su vida.

Al cruzar por el vestíbulo del inmueble se detuvo, indeciso, frente a los buzones. Presentía, casi estaba seguro, que en el suyo se hallaba el cuadrado paquete que contenía al siniestro muñeco, igual que en las otras ocasiones. Una ridícula broma, aprovechando el hecho del incendio en la fábrica. O tal vez no...

CAPÍTULO 2

D

E la Compañía de Seguros «Plutón» se desplazó a Yellowfield un agente que inició inmediatamente sus investigaciones. Para ese momento los peritos habían determinado que no se había producido el fuego por causa alguna reconocible. El informe, tanto del cuerpo de bomberos como de la Policía, aludía a un producto que espontáneamente debió de empezar a arder.

—¿No tratarán de decir que se originó como en esos casos que cuenta Fort en sus «Hechos Condenados»?

—Pues algo así... Mientras no se demuestre lo contrario. Pero lo más intrigante del caso es que ya habían ocurrido otros incendios semejantes, también en sucursales de la Cheplor, en Taunton y Worcester.

—¿Algún producto especialidad de la casa?

El teniente detective Bodman sonrió.

—Ya hemos preguntado eso, pero Harvey Merle, el director, nos ha asegurado que no. Para él no tienen explicación los sucesos. Y le voy a decir algo: yo tampoco se la encuentro.

—¿Por qué?

—Porque no cabe la menor duda de que el sitio donde se inició el fuego estaba totalmente cerrado y solitario, cortada la electricidad y el gas. Son extremos que se han comprobado de dos formas que se complementan: la primera, por la declaración de los vigilantes...

—Que podían mentir.

—Justo. Aun cuando resulte algo extraordinario que ambos estuvieran de acuerdo. Pero la segunda es el informe de los peritos, que han deducido lo mismo del examen de los restos. Nada de gasolina, nada de cualquier otro hidrocarburo o producto químico... nada de nada. Y no cabe duda de que las puertas estaban cerradas así como las ventanas y cortados el gas y la electricidad.

—¿Conclusión?

—Sabotaje. Alguien dejó preparado un artilugio para que prendiera en el momento oportuno. Eso o...

—O lo de Charles Fort. Pero sabotaje, ¿a qué?

—¡Ah, eso es otro misterio!

Naturalmente el agente no se conformó con aquello. Judson Gimpel se puso a la tarea de examinar todos los datos y pruebas reunidas. Aparte de aquello, pasó por el cedazo de su curiosidad a cuantos componían la plantilla de la Cheplor en su sucursal de Yellowfield.

Y completó sus retratos con visitas a sus lugares de origen y un chequeo de sus relaciones y locales que frecuentaban. Pronto había acumulado material en la proporción de la tierra que digiere una lombriz en una jornada. Y procedió a ordenarlo convenientemente, yendo a discutirlo con su jefe en Boston.

—Para encontrar el origen de este suceso es preciso remontarse a unos cinco años atrás. Una industria papelera ubicada en Louisville, en el Estado de Connecticut, se incendió y ardió toda. El dueño, un tal Dimitric Porotna, de origen Griego, murió allí y con él una hija suya casada seis meses antes. Los bomberos que acudieron a sofocar el fuego, los policías y los agentes de la Compañía de Seguros, tuvieron que aceptar que había sido un accidente, aunque no se pudo determinar la causa. Más, por el sitio donde comenzó, la hora y otras circunstancias que analizaron al máximo, estaba claro que nadie pudo estar allí, pues el vigilante, que también resultó muerto, hacía su ronda por el extremo opuesto y acudió a intentar contenerlo.

—¿Y qué pasa con todo eso?

—Pues que el yerno de Porotna, Xenophon Karnoss, descendiente de griegos a su vez, joven científico, especializado en química inorgánica en la rama de los plásticos, cobró del seguro una bonita cantidad y heredó además el resto de la fortuna de su padre político. Quedó viudo, libre y rico. Hoy es una de nuestras más brillantes promesas en el campo de la investigación de materiales plásticos aplicados a la fabricación de aviones y naves espaciales.

—Ya. ¿Y qué tiene que ver con los incendios ocurridos en Yellowfield y las otras ciudades del Estado donde tiene sucursales Cheplor?

—Pues que incluyen como factor al tal Karnoss y sus traslados de una localidad a otra.

—O sea que puede ser el autor... si se tiene en cuenta ese antecedente. ¡Hum! Más, ¿por qué?

—Ese es el hueso de este amargo fruto. ¿Qué razón puede tener un hombre de la brillante ejecutoria de Karnoss para provocar esos incendios? Y por otra parte, supuesto que sea el autor, ¿cómo lo hace... si el fuego se inicia siempre en lugares totalmente cerrados y sin que sea posible que nadie tenga acceso a ellos en ese momento?

—Pero ese Karnoss estuvo en el lugar.

—Sí; claro. Pero varias horas antes. Se ha pensado en todos los ingenios posibles, incluido el de hacer estallar algún explosivo por simple

resonancia, pero todo cae por su base desde el momento en que hubo una inspección de los locales antes de cerrarlos, y que no se han hallado ni rastros de tales artefactos. Aunque nos resistamos a admitirlo, es como sí, de repente, un objeto cualquiera de los almacenados entrara en combustión espontánea.

El director de la compañía estuvo unos segundos reflexionando.

—¿Y el truco de la vela y...? No, por supuesto; los vigilantes lo hubieran descubierto.

—El asunto aún se complica cuando se sabe que apenas si circulaba aire, pues las ventanas estaban cerradas.

—¡Demonios!

—Se ha pensado en eso también. Pero comprenderás que no... Luego, está lo de la mujer con el rostro quemado.

—¿Con el rostro quemado?

—Sí. En todos los casos, Taunton, Worcester y Yellowfield, se la vio entre el grupo de personas que contemplaban el fuego. Una faz atrozmente desfigurada, monstruosa. En sí el hecho no tendría gran importancia si no fuera porque ocurrió en tres ciudades distintas, separadas por unos cientos de millas.

—¡Hum! Pues no parece tener mucho sentido. ¿Han localizado a esa mujer?

—No. Y ese es otro detalle singular. ¿Cómo es posible que una persona con ese defecto se esfume y nadie la recuerde de otros instantes y lugares?

—En efecto.

De nuevo se sumieron los dos hombres en un reconcentrado silencio.

—¿Hablaste ya con Karnoss?

Gimpel denegó con la cabeza.

—Esperaba oír tu opinión antes.

—No sé. Sospecho que el propósito de esos incendios es indicarnos algo en relación con Karnoss. Y que en algún modo está implicada esa mujer de la cara quemada. Pero lo más importante y quizá la clave del caso es el modo en que se producen los extraños fuegos. Y el procedimiento de que se valga quien quiera que sea. De cualquier forma, es preciso solucionar este misterio, teniendo en cuenta la póliza que tenemos suscrita con esa empresa. Pero ándate con mucho ojo, Jud; me huele a chamusquina.

—Sí. Realmente es a lo que debe oler.

Gimpel se alzó del confortable sillón y salió del despacho. Y abandonó el edificio. Conforme conducía por la Commonwealth hacia el centro evocaba, contra su voluntad, el suceso aquel, y cada vez le gustaba menos.

—¿Algo va mal, Jud? —le abordó su mujer, al entrar él en su casa; le siguió luego al dormitorio.

—No, no; todo correcto. Es únicamente porque...

—¿Qué?

Con un suspiro, al tiempo que se quitaba los zapatos, Jud se descargó de parte de su preocupación.

—No lo puedo remediar, Eva. Cada vez me molestan más los pirómanos. El fuego es el recurso de los más cobardes.

Ella tuvo un estremecimiento raro. Y sus ojos se agrandaron.

—¿Por qué dices eso?

—¡Oh, bueno! La cosa es fácil. Fíjate: si un individuo coloca una bomba o dispara contra alguien con una pistola, corre un riesgo. Pero cualquier subnormal puede arrojar una cerilla mal apagada o la colilla de un cigarrillo en un montón de papeles viejos y destruir una ciudad. Quiero decir que el pirómano se vale de casi una absoluta impunidad y, sin embargo, su obra puede revestir mayor importancia. ¿Quién mandó realmente convertir en una pira a Roma, el loco Nerón o un simple ciudadano que arrimó una antorcha por descuido a una pared vieja? ¿O el incendio de Chicago? Y en este caso...

—¿Qué sucede en este caso, Jud?

Judson la estuvo contemplando largamente. Poseía un rostro bello su mujer, de un cutis tan terso como el de los niños. Pero eran sus iris de un intenso azul lo que le proporcionaba aquel aspecto de muñeca.

—No lo sé, Eva. Pero, ¿te imaginas lo que supondría que alguien hubiera descubierto una materia inflamable capaz de actuar con efecto retardado? Porque el único riesgo del fuego es que pueda propagarse con tal rapidez que alcance al que lo provoque o no le dé tiempo, por lo menos, a retirarse lo suficiente para que no le asocien con el suceso. Pero un producto que entrara en combustión espontáneamente al cabo de varias horas de haberlo dejado en el sitio adecuado es un arma terrible, quizá la más terrible.

Su mujer puso el gesto de imaginarse aquello.

—¿Acaso no es eso lo que sucede cuando se produce un cortocircuito? —inquirió.

—En efecto. Pero un cortocircuito o fenómenos parecidos son accidentales. Hasta el momento nadie puede preparar unos cables para que se junten en un momento determinado. Pero supón que alguien transportara en su bolsillo unas bolitas y que dejara caer una de ellas en una papelería de unos grandes almacenes horas antes de su cierre y que fuera luego, de un modo súbito, cuando empezaran a surgir llamas...

—¡Oh, vamos! —protestó ella—. Eso es pura ciencia-ficción.

—Sí, claro. Anda, vamos a tomar algo.

Fue con ella a la cocina.

—¿Y Ross y Din?

—Dormidos. Volvieron muy cansados del parque. Pasa luego a echarles una ojeada.

Durante unos minutos estuvieron en silencio. Jud leyendo la prensa y Eva entretenida en la preparación de la cena.

—Aparte de esa posibilidad que has apuntado, ¿por qué te preocupa tanto ese caso, Jud? —sonorizó Eva el ambiente—. Me dijiste que ninguno de esos incendios, los de Taunton...

—Worcester.

—Y este de Yellowfield había causado grandes desperfectos ni siquiera afectando a los proyectos de investigación de esa empresa.

—Es cierto. Pero da la impresión de que alguien está actuando en la sombra, tratando de crear un clima y eso ha de ser para conseguir alguna cosa. Ha tenido que prever la intervención de la policía y de los investigadores privados...

—Como tú.

—Eso es; como yo. Y puede... puede que todos estos incendios que se abortan rápidamente no sean sino el preludio de uno más definitivo. Uno que no sea sino el reflejo de otro más antiguo, donde se consumó un asqueroso crimen que quedó impune...

Íntimamente estaba convencido de ello. Existía aquel antecedente en el historial de Xenophon Karnoss. Y luego, lo que verdaderamente le obsesionaba, el fuego mismo, el misterioso producto que lo desencadenaba. Un objeto, un mueble o un pedazo de edificio que, sin un agente externo que lo provocase, se encendía y era la chispa que prendía la hoguera.

—Oh, estos malditos fósforos cada vez son peores —exclamó Eva y su marido la contempló con asombro.

Todo un símbolo.

CAPÍTULO 3

E

N el saloncito reservado del Centro-Club le esperaba Ethel, su novia, la maravillosa criatura que de modo tan imprevisto como extraordinario se cruzó en su vida. Porque aquello fue lo que sucedió: cuando el coche de Xen Karnoss marchaba a una velocidad moderada por la carretera que conducía a Holyoke, al llegar a un cruce, le salió por la derecha un potente «coupé» azul claro y se le atravesó.

Aunque pudo frenar no evitó la colisión y ambos vehículos se incrustaron y torcieron hacia el arcén. Con horror comprobó el joven científico que al volante del deportivo modelo aparecía una mujer y que estaba desvanecida, quizá, muerta, a juzgar por su posición. Salió de su coche y corrió a socorrer a la desconocida.

Debió haberse conmocionado por el encontronazo, ya que no se le apreciaba herida alguna. La portezuela y el morro del automóvil presentaban una fuerte abolladura, pero no era causa suficiente para que la conductora estuviera lesionada gravemente.

La sacó alzándola entre sus brazos y al hacerlo no pudo por menos de darse cuenta de que se trataba de un soberbio ejemplar de largos y bien torneados miembros, flexibilidad y solidez a la par, de los que la Nación ponía en servicio para hacer propaganda de la «sociedad opulenta» y «elevar la moral de las tropas».

Abrió los ojos azules al estilo clásico pero tuvo el acierto de no preguntar dónde estaba, sino que sonrió mostrando una dentadura pareja y blanca y aseguró que prefería aquel medio de transporte al de cuatro ruedas. Y allí comenzó el idilio.

Ahora también le estaba sonriendo con su expresión levemente tierna y burlona. Xen se sentó a su lado y le tomó las manos.

—Gracias por haber venido, Ethel —murmuró con unción.

—¡Oh vamos, querido! ¿Qué te pasa? Según he visto y oído por la televisión el fuego no ha destruido nada importante, fuera de unos materiales guardados en un almacén.

—Eso es verdad. Pero...

Le contó lo referente a los otros incendios de Taunton y de Worcester y el detalle de que en la Cheplor se efectuaban unas importantes

investigaciones. Ella le oía con atención.

—Aunque sea así —dijo cuando terminó—, ¿en qué puede afectarte eso?

—Es justamente en mi departamento donde se efectúan esas pruebas con el nuevo producto.

—Pero tú no tienes nada que temer. Estoy segura de que esos incendios han sido accidentales y de que ninguna relación tienen con esas investigaciones que dices. ¿O no? Porque sería terrible que existiese algo poco claro y que tú aparecieras mezclado. Al Senador le caería como una tonelada de desperdicios encima.

Forma gráfica de describir cuál sería la reacción de su padre. A Karnoss le subió un escalofrío por la espalda. Y más cuando escuchó sus siguientes palabras.

—Imagínate: no querría oír hablar de nuestras relaciones. Para su carrera política, sería fatal una cosa sí. Pero ya verás cómo no pasa nada; tú sabrás quedarte al margen de ese lío y llevar adelante tus proyectos... incluido el de nuestra boda.

La hija del Senador Morton Danglan constituía para Karnoss la culminación de sus aspiraciones, no solo por lo que ella misma representaba sino por el mundo al que pertenecía y donde el investigador ansiaba entrar. Precisamente si se metió en aquel lío de la negociación de la fórmula del nuevo producto a una empresa rival de la Cheplor, fue por su necesidad de dinero, para sostener la clase de vida que le parangonara con la de su novia.

Además de Senador, o tal vez a causa de ello, el padre de Ethel era un importante financiero del país y formaba parte de muchos consejos de administración.

—Xen —le susurraba la joven al tiempo que jugaba entrelazando sus dedos con los de él—, quizá no te lo creas pero sueño con el momento de nuestro casamiento. Por eso no me gustaría que nada viniera a interponerse.

—Te lo prometo, amor mío; nada vendrá a interponerse entre nosotros.

No pretendía engañarla. Podía ser que se descubriera aquel convenio por el que pasaba información comercial a unos agentes de otra compañía. Mas solo podrían acusarlo de deslealtad al sitio de trabajo, ya que podía demostrar que carecía de valor cuanto les había comunicado. Y no existía ningún compromiso escrito o ante testigos, por lo que siempre le quedaba el alegar que jamás pensó en entregarles la verdadera fórmula sobre la que trabajaban.

Y por lo que se refería a los incendios no estaba en absoluto relacionado con ellos. Solo si tenían que ver con aquel asunto remoto que fue el origen de su situación presente. Pero era absurdo suponer una cosa así... no obstante la aparición de aquella mujer con el rostro quemado y el

grotesco obsequio de los muñecos. Porque ¿qué perseguía, qué podía conseguir, quien quiera que fuese, con semejantes atentados?

Se hubiera sentido bastante menos tranquilo de asistir al encuentro que tuvo Ethel, su dulce novia, poco después de separarse de su lado, con ciertos individuos. Y oír lo que hablaban entre ellos.

—... es preciso apretarle más las clavijas.

—... corremos el riesgo de que se asuste y vaya a la policía.

—... ¡Oh no! Tiene la conciencia tan podrida que antes pediría colocación a un miembro del Ejército Simbiótico. Es preciso descubrirle algunas de nuestras cartas.

Y eso fue lo que ocurrió un par de días después. Xen Karnoss recibió la visita de sus viejos conocidos Stan y Oliver, a los que acompañaba un boxeador negro retirado hacía años del «ring», algo sonado por las tremendas palizas que había recibido en su vida profesional aunque conservaba la fuerza de un «grizzly» y unos puños que encerraban la potencia destructora de meteoritos. «Si Jess «Buffalo» Mathesson concentrara dentro de su cabeza la millonésima parte de inteligencia de la energía que en sus guantes de boxeo, no habría quien le ganara en el cuadrilátero» solía asegurar su representante.

Pero no se daba aquella circunstancia y hasta el más tonto de sus contrarios le engañaba con una simple mueca.

Karnoss miró con disgusto al trío, pero sin aprensión. Estaba más preocupado por el hecho de haber confirmado que, en efecto, aquel paquete de su casillero contenía el ridículo monigote que reproducía los restos de un cuerpo humano quemado. Esta vez no lo había arrojado al depósito de basura sino que ocupaba un lugar sobre la repisa de la falsa chimenea del salón.

Por supuesto no se le ocurrió que sus visitantes tuvieran que ver con aquel regalo. Y tampoco con la llamada telefónica recibida el día anterior que, en cierto modo, aludía al suceso que imprimió un cambio violento en su vida. «Acuérdate del infierno —era una voz oscura, deformada, la que le hablaba—; tú metiste en él a tu mujer y a tu suegro. Y al vigilante de aquella fábrica. También habrá un infierno para ti».

—¡Otra vez! —gruñó—. ¿No os dije que...?

—Tranquilo, Karnoss, tranquilo. Hemos venido para que nos aclare algunas cosas. ¿No es así, Stan?

—Así es, Oliver.

—Y por si no quiere aclarárnoslas, nos acompaña Jess «Buffalo» Mathesson... que tiene la piel oscura.

—Eso.

El científico se enfureció.

—¡Idiotas! Vais a estropearlo todo. Os avisé que no vinierais más.

Cualquier indiscreción...

—Pero, ¿de qué habla, Stan?

—Ahí le aprieta. Ni aunque se presentara aquí todo el Pentágono sucedería nada.

—¿Eh? No sé a qué os referís.

—Claro, claro. Aunque puede resultar... oscuro.

La bolsa del miedo se rompió y su pestilencia se extendió por la atmósfera del salón impregnándolo todo. Karnoss se fijó en la cara plana del ex-boxeador, en sus apagados ojos que rodaban erráticos y en la sonrisa de imbécil que le colgaba como una colilla apagada de los tumefactos labios. Y un repeluzno le recorrió de los talones a la nuca.

—Hasta la fecha —Stan imprimió un acento cortante a sus palabras— usted lo único que nos ha proporcionado son datos que incluso las mujeres de la limpieza están en condiciones de regalar... tomándolos de las papeleras. ¿No, Oliver?

—Eso es, Stan.

—¡Y qué sabéis vosotros de eso! —intentó defenderse con desesperación Karnoss—. Son detalles técnicos que...

—¡Vamos! Déjese de historias, y escuche: no nos vamos a ir de aquí sin que nos facilite la verdadera información, eso es lo que nos ha ordenado el señor Puppetstick.

—Pero si yo...

De repente comprendió que algo en alguna parte no había funcionado bien, que no era tan sencillo aquel asunto como se lo había imaginado. ¿Cómo consiguieron aquellos tipos descubrir que su información no contenía nada importante?

Solo un verdadero especialista en la clase de investigación que ellos realizaban en los laboratorios estaría en condiciones de poder hacerlo.

Y fue entonces cuando en su mente se unieron los varios sucesos, el envío de los muñecos «a la brasa», la llamada telefónica, los incendios y aquel otro de su trato con el misterioso señor Puppetstick configurándole la visión de un cuadro poco halagüeño para su futuro. Naturalmente, no les entregaría el secreto de la fórmula aunque lo descuartizaran, pues sería tanto como arrojarse —pura paradoja— entre las fauces de una manada de lobos.

—Pues no hay más información —afirmó con rotundidad—. Cuando el trabajo se haya concluido entregaré la fórmula completa. Eso fue el acuerdo y podéis trasmitírselo así al señor... Puppetstick.

El rubio, cuyo rostro recordaba un trozo de queso de Gruyere pues estaba cubierto de picaduras de alguna herpes mal curada, tuvo un acceso de hilaridad destemplada y poco concorde con la situación.

—¡Vaya, vaya! —exhaló su pestilente aliento verbal—. El hombre de

ciencia se nos vuelve duro. ¿No es divertido, Stan?

—Así es, Oliver.

—Pues lo sentimos por usted, Karnoss. No debió entender bien los términos del acuerdo. Usted tenía que entregarnos todo el proceso de la investigación, de la auténtica, con objeto de que la Empresa del señor Puppystick estuviera en condiciones de salir al mercado antes de que lo hiciera la Cheplor o cualquiera otra.

—Claro. Y yo he cumplido. Os he...

—¡Usted nos ha tomado el pelo! —le cortó Oliver—. Pero esa broma ha terminado.

Hizo una señal al negrazo que acentuó su sonrisa demencial y dio un paso hacia el investigador. Este, que a su modo era un luchador también, notó un descenso en su interior, pero se aprestó a defenderse y resistir. Esquivó el primer golpe de aquella mole humana, pero no el segundo dado con el puño izquierdo y que le alcanzó de lleno en el vértice de las costillas; lo levantó en el aire arrojándolo un par de yardas más allá, sobre una mesita que se hizo pedazos.

Siguió una paliza metódica y brutal. Aquella bestia entontecida sabía, no obstante, pegar con la mejor técnica, sin lesionar gravemente, pero machacando el organismo hasta dejarlo convertido en una pulpa dolorosa, paralizada pero sensible.

Los dos cuidadores de la despiadada máquina de castigar reían como si estuvieran contemplando un film cómico. Hasta que Jess «Buffalo» Mathesson decidió suspender el malabarismo de sus puños y abandonó a su «puching ball» en el sofá, flácido, roto.

Pero volvió contra él de nuevo tras un breve descanso en que su estúpida mirada se posaba sobre la rara figura de la repisa de la chimenea.

—¡Basta, basta! —exclamó Stan—. ¡Ya está bien!

Solo que el negro se había encelado de igual forma que algunos animales cuando prueban la sangre humana. Y para detenerlo tuvieron sus guardianes que tomar una larga correa que llevaban en prevención y rodearlo con ella, pese a lo cual les costó un gran esfuerzo el reducirlo. Por fin se estuvo quieto, jadeante, con los redondos ojos más desvariados que nunca.

—Este es un aviso nada más —explicó, algo entrecortadamente, Oliver, apuntando con su mano derecha al medio inconsciente Karnoss—. Pasaremos dentro de poco por sus datos. ¡Y procure que esta vez sean verdaderos!

Resultaba de lo más incongruente el que continuaran manteniéndole el tratamiento y en la expresión de la magullada faz del joven se revelaba su desconcierto. Pero es notorio que los verdugos casi siempre rinden pleitesía a quienes cortan la cabeza.

En la misma actitud de estupor permaneció el joven científico luego que salieron del piso hasta que poco a poco se fue recuperando y consiguió alzarse de donde había caído.

Mientras, en el exterior, dentro de un coche de color negro y en una esquina próxima, el agente de la Compañía de Seguros, Judson Gimpel, observó con asombro primero la entrada del trío y, posteriormente, su marcha precipitada. Dispuesto a comprobar su teoría de que el objeto de la visita era el hombre de la Cheplor, descendió del vehículo y se encaminó a la casa aquella.

Ascendió hasta la planta donde se abría el apartamento de Xen Karnoss, aunque para entrar había pulsado otro botón del portero automático. Fue directamente a la puerta y llamó. Casi un minuto estuvo esperando y ya se disponía a repetir los toques cuando la hoja de madera se desplazó de su marco unas pulgadas y asomó el tumefacto semblante del ocupante del piso.

—¿Qué es lo que desea?

—Una información de rutina, señor Karnoss. Por cierto: ¿se ha caído o...?

—No, no. Me di un golpe... con la puerta de un armario. Perdóneme; no puedo atenderle. Vuelva otro día.

—Pero es que yo soy agente de la compañía de seguros «Plutón». Y he venido...

—Otro día, otro día.

Intentó cerrar la puerta, pero Gimpel introdujo su pie y luego, empujó hacia adentro.

—Creo que no me va a ser posible, señor Karnoss. Investigo sobre esos incendios y me gustaría que me explicara algunas cosas respecto del que destruyó la fábrica de su suegro, Dimitric Porotna.

Por unos segundos, la cara de Karnoss permaneció plana, inexpresiva.

Después, sonrió maquinalmente y abrió del todo. Enseguida los perspicaces ojos del agente captaron el desorden del cuarto, pese a que el científico lo había arreglado en lo más principal. También recogieron sus pupilas la estatuilla del hombre quemado.

—Bien; ¿qué es lo que desea?

Había una carga enorme de cautela en su voz, como si estuviera agazapada una liebre en su garganta presta a salir.

—¿En serio no necesita que lo ayuden? —se interesó nuevamente el agente—. Está bien, está bien. Escuche, señor Karnoss: no le voy a ocultar que a mí compañía le preocupa grandemente la posible causa de estos repetidos incendios. Honradamente le diré que yo he informado que no veo nada que una aquel suceso familiar con estos actos... que indudablemente poseen una intención criminal.

—Na... naturalmente.

Karnoss fue a un rincón del salón, oprimió un resorte y un panel se descorrió mostrando un bar perfectamente avituallado. Pasó al otro lado de la corta barra y comenzó a prepararse un combinado.

—¿Quiere algo, señor...?

—Gimpel, Judson Gimpel. No; gracias. Le decía, señor Karnoss que en mi opinión aquel incendio que destruyó la fábrica de papel de su padre político, Dimitric Porotna, no puede estar relacionado de un modo directo con estos otros incendios provocados en la Cheplor.

—¿Y por qué provocados?

—Parece que no existe ninguna otra explicación. Lo curioso, señor Karnoss, es la similitud de los cuatro casos.

La mano que elevaba el vaso se detuvo a mitad de camino. Los oscuros ojos del dueño de la casa escrutaron la inocente, apacible faz del hombre que tenía delante.

—¿Similitud?

—Sí. Me refiero, naturalmente, a ese inexplicable hecho de que no se haya descubierto el combustible que pudo ocasionar la catástrofe. Creo que eso también ocurrió en Louisville, ¿no?

—Yo me encontraba en Boston, en un congreso científico. Justamente me comunicaron la noticia del incendio al final de una cena con la que celebrábamos la conclusión de las reuniones. Y la cena había durado casi dos horas.

—Lo sé. Y de Boston a Louisville hay unas tres horas de camino, también estoy enterado de ello. En ningún caso pudo encontrarse allí para ser el causante del fuego. La policía ya se encargó de demostrar todo eso... sobre todo por el ligero detalle de que usted era el único heredero de la fortuna de su suegro. Pero la coincidencia surge precisamente porque el fuego apareció de repente, sin nada que lo justificase. La electricidad y el gas cortados, el vigilante acababa de efectuar una ronda... nada de nada.

—¿A dónde pretende llegar con todo eso?

—¡Oh, a ninguna parte! Tan solo me interesa oír su opinión acerca de este asunto.

Karnoss acabó de apurar el contenido del recipiente y se sirvió otra ración. Salió del hueco y fue a situarse frente a su visitante.

—Mi opinión, señor Gimpel, ya la expuse entonces y la he repetido con motivo de estos otros... casos, como usted los llama. Aunque resulte increíble, solo cabe una explicación y es atribuirlos a meros accidentes. Por supuesto, que yo no soy un experto como usted, así que dígame qué otra cosa ha podido ser.

Era un claro desafío. Judson Gimpel no estaba en condiciones de afrontarlo. Había hablado de intenciones criminales, pero carecía de

pruebas para sostener semejante opinión; únicamente su «olfato» para descubrir que algo había empezado a arder.

—¿Sabe una cosa, señor Karnoss? —contraatacó—. La hija de aquel vigilante que murió en el incendio de Louisville además de su suegro y de su esposa, tenía entonces veinte años. Terminó los estudios en la Universidad y comenzó a trabajar en su especialidad, la fisiología aplicada a los residuos del petróleo. Se casó y se divorció y ahora lleva el apellido de su marido. ¿Se imagina quién es?

Karnoss había palidecido. Y la máscara convulsa de su rostro denotaba que la noticia le había revuelto el intestino. Gimpel remachó como sin darle importancia.

—Marion Egan, señor Karnoss. Compañera suya de trabajo... si mis informes son correctos. Y que le ha acompañado a usted en sus distintos traslados, a Taunton, a Worcester y, ahora, aquí, en Yellowfield. Pero naturalmente eso será tan accidental como el fuego.

Con un tono de voz apagado, casi inaudible, Karnoss manifestó:

—No sé qué pretende insinuar. Yo...

Le cortó el timbre del teléfono. Esperó a que sonara un par de veces más y fue a levantar el aparato. Inmediatamente se coló en su oído el acento dificultoso, sibilante que parecía emitido a través de una boca deforme, rota: «Cuando ante tus ojos se encienda aunque sea la débil llama de un fósforo, recuerda, maldito asesino, a los que ardieron por tu culpa. El viejo Porotna, el vigilante de la fábrica y yo... yo... tu mujer».

Y cesó la llamada. El sucio blancor de la cara del científico se intensificó. Gimpel, aunque sin proponérselo, logró escuchar parte del horrendo mensaje. Y sus pupilas giraron irresistiblemente atraídas por aquel muñeco que aparentaba los restos calcinados de un organismo humano.

CAPÍTULO 4

L

A llamada aquella había dejado a Karnoss sumido en un estado de confusión casi demencial. De golpe, sentía que todo se derrumbaba a su alrededor. Era tonto ignorar el significado de las palabras que acababa de escuchar. Si la vez anterior pudo tomarlo como una broma, estaba claro que era algo mucho más serio.

Ni siquiera se percató de la salida de aquel individuo. ¿Quién...?

¡Ah sí, el agente de la compañía de seguros «Plutón»! ¿Y qué fue lo que le dijo acerca de Marion Egan, la fisióloga que trabajaba con él en la Cheplor? Para tranquilizarse fue al bar y se sirvió una generosa ración de «whisky».

Marion Egan era la hija del vigilante de la fábrica de papel que ardió en Louisville. Karnoss trató de evocar al hombre aquel, pero apenas si lo consiguió. Era de origen griego como casi todo el personal que colaboraba con Dimitric Porotna, su suegro. El calor de la bebida le inundó de una riada de confianza. Ahora podía distinguir ya mejor los rasgos huidizos del empleado muerto en el incendio: Rathephis, Leonides Rathephis. Un tipo pequeño, musculoso, clásico meridional, con los ojos redondos, astutos, intensamente negros.

Su hija no se le parecía. Claro, que la madre pudo ser americana. ¿Así que Marion hija del vigilante convertido en cenizas en Louisville? Vertiginosamente fueron ordenándose en su cerebro las piezas de aquel macabro rompecabezas. Podía ser. Incluso tendría que serlo. Eso explicaría cuanto había sucedido en aquellos años, desde el primer extraño fuego en Taunton. ¿Y quién, sino ella, podía representar a la mujer con la cara quemada o llamar por teléfono aludiendo a hechos íntimos de su vida?

—Poco a poco, a la par que el licor animaba su interior, se robustecía su convicción. Un interrogante se encendió como un breve destello en su mente: ¿cómo se enteró de la verdadera identidad de Marion Egan el agente de seguros? Realmente no era un detalle que tuviera demasiada importancia; esta residía en *el hecho* mismo. La muy... Karnoss hizo desfilar por su memoria los momentos en que estuvieron juntos.

Marion nunca le confesó que hubiera estado casada y casi le dio a entender, al principio de tratarla, que él era su primer amor. Por supuesto

que se le entregó nada más que por llevar adelante tan estúpida venganza. O quizá no fuera tan estúpida...

Con decisión fue al dormitorio y se cambió de traje. Luego, en el cuarto de baño se refrescó el rostro hasta conseguir que se redujera la hinchazón. Y salió a la calle. Sacó el coche del garaje y enfiló hacia el sur de la ciudad. Marion se alojaba en una residencia para trabajadoras solteras, no un YWCA (Residencia Cristiana para Mujeres Jóvenes), sino un negocio privado y, por lo mismo, de carácter más libre. Por ejemplo, las chicas podían recibir visitas incluso masculinas, aunque solo hasta cierta hora.

El blanco y aislado edificio se alzaba en un costado del parque que a la hora aquella destacaba como una enorme masa sombría, dentro de la cual se encendían algunos ojos brillantes, pues funcionaban sus atracciones aunque no todavía en su totalidad.

Una pelirroja que atendía la centralita y la recepción le sonrió con toda la malicia contenida en los dos hoyuelos que se le formaban en las pecosas mejillas.

—Marion se ha marchado no hace ni una hora —informó—. La llamaron por teléfono y se apresuró a salir. Yo le pregunté si ocurría algo, porque me pareció algo alterada, pero me aseguró que no y que no sabía cuándo volvería. La esperaba un coche un poco alejado de la puerta y no estoy muy segura, pero creo que al volante iba una mujer con un velo sobre la cara. Como que comenté para mí: ¡Pues vaya forma de conducir...!

Una ráfaga helada escarchó el entusiasmo de Karnoss. Y con la sensación de irrealidad apoderándose nuevamente de su cerebro escuchó la charla de la joven.

—... Enfilaron para el lago, así que pienso que deben estar por alguno de esos parajes.

Sin despedirse, el científico abandonó la residencia. La descripción de aquella mujer con velo le había devuelto otra vez el desconcierto, un escalofrío intelectual que era como un aviso de locura.

Intentó controlar su desvarío. Incluso comenzó a reaccionar en sentido de que aquel hecho confirmaba justamente la culpabilidad de Marion. Porque, ¿quién podía ser la desconocida sino alguna cómplice, alguien a quién pagaba la otra para que le sirviera en aquel juego de aparecidos?

Volvió a ocupar su puesto en el coche y lo hizo avanzar lentamente en dirección al lago. Pronto se deslizaba por las umbrosas avenidas. Había parejas, algunos solitarios, pero espaciados, con grandes zonas desiertas. Luego, las casetas de atracciones, los «night-club» y restaurantes. Y todavía varias embarcaciones surcaban la superficie acuática.

De un modo casi inconsciente fue acercándose al sitio donde estuvieron en algunas ocasiones Marion y él. No tenía sentido pensar que hubiera ido allí entonces, salvo que fue la mujer quien propuso siempre aquel rincón y

pudo actuar con igual inercia. Dentro del conjunto de pinos de todas las especies, álamos y abetos, se formaba como un denso bosquecillo de hayas y robles y unos enormes arces que proporcionaban su nota de color. Para mayor ambientación de aislamiento y abandono, algunos troncos huecos servían de asientos en los espacios libres.

Se iluminaba con el reflejo de los focos lejanos de las vías principales. Karnoss descendió del coche que dejó aparcado junto a un alcornoque; no tenía idea de por qué lo hacía. Ya fuera, nada más dar unos paseos, hirió su pituitaria un fuerte olor a leña húmeda quemada. Registró con la mirada a su alrededor, entre las plantas. Y distinguió la gris, densa humareda que salía de una especie de gruta en la que fluía una fuente que llenaba por delante a una alberca con nenúfares.

Aquello era normal. Los guardias del parque solían eliminar por el procedimiento de la hoguera las hojas, los papeles y otros restos dejados por los visitantes. Sin embargo, el joven científico se estremeció y notó un violento tirón en su interior. El fuego, cualquier clase de fuego, desencadenaba aquella reacción compuesta de rechazo y deseo de acercarse a contemplar de cerca el efecto devorador de las llamas. Y como otras veces cedió al último impulso y avanzó hacia aquel sitio.

Por delante de la gruta se veían algunos de aquellos troncos huecos. Una difusa luz, mezcla del resplandor de las estrellas y del reflejo de las distantes farolas, sumergía el enclave en una atmósfera de cuento de Poe. Pero lo que le confería una mayor identidad era el derribado roble alrededor y debajo del cual se había formado la pira con montones de ramas y hojas aún verdes. No era sino un rescoldo, una brasa colosal que convertía en un horno el viejo árbol abatido.

¿Por qué así, qué se pretendía con...? Las pupilas de Karnoss captaron súbitamente un detalle terrible. No era posible que... Dio unos pasos para situarse en una posición que le permitiera observar mejor la oquedad. Y se estremeció como si le hubiera rozado un reptil viscoso. Porque allí dentro se distinguía a una persona, su cabeza y parte de los hombros.

Estuvo un rato paralizado, incapaz de coordinar sus pensamientos. Luego, se sobrepuso en él un sentimiento de querer saber, de asegurarse de algo que ya sospechaba. Y venciendo su repugnancia fue junto a la pieza aquella de tortura y la movió para apartarla de la lumbre. Luego, la hizo rodar hasta un ligero desnivel y la levantó por el extremo consiguiendo que saliera el ser humano condenado a una muerte tan espantosa.

De nuevo contuvo el violento deseo de vomitar al inclinarse sobre el hinchado, tumefacto rostro. Un olor inconfundible a carne de puerco asado le asaltó sus fosas nasales e impregnó todo el calvero.

Era Marion, una Marion monstruosa, deformada pero todavía reconocible, con la carne roja, recubierta del pestilente caldo que brotaba

de sus poros, los ojos estallándole fuera de los gruesos párpados. Fascinado, con el impacto de la realidad rompiendo el frente de sus ideas, Karnoss la contempló durante unos segundos.

A continuación, la comadreja del espanto se removió en su intestino. Se levantó de un salto. Fue justo cuando llegó a sus oídos una risa áspera, gutural. Se revolvió con rapidez de acróbata y entrevió a unas veinte yardas, por debajo de los arcos, una figura que se alejaba. Le pareció que se tapaba la cabeza con un velo aunque quizá fuera la exacerbación de sus sentidos lo que le proporcionara aquella imagen. De nuevo sonó el tableteo de las carcajadas inhumanas.

—¡Maldita, maldita! —gritó Karnoss y se precipitó en dirección a la sombra—. ¡Te destruiré, volveré a hundirte en el infierno de donde...!

Pero nada más alcanzar el límite de los árboles el misterioso personaje, quien quiera que fuera, se desvaneció. El investigador, de quien se había apoderado como una fiebre que le desfiguraba la perspectiva, estuvo unos minutos buscando por el bosque.

Por fin, se enfrió lo suficiente para darse cuenta de lo estúpido de su proceder. Y sin querer mirar hacia donde dejaba a su compañera asesinada de forma tan increíblemente sádica, se encaminó hacia su coche. Antes de meterse en el, tuvo la presencia de ánimo necesaria para examinarlo y comprobar que no le esperaba ninguna desagradable sorpresa.

Puso en marcha el motor y se alejó a la mayor velocidad, incluso más de la permitida. No pudo ver por ello al hombre que emergió de una parte del fúnebre espacio donde se había consumado el crimen y que se acercaba a los repulsivos restos para estudiarlos con un gesto de asco. Judson Gimpel examinó con detenimiento el cuerpo de la infeliz mujer y el sitio valiéndose de una linterna.

Y se marchó sin apresuramiento hacia su Valiant de color azul oscuro. Su primera visita fue a la Comisaría donde pidió ver al teniente Glenn Bodman. Tuvo suerte y lo pescó allí, aunque no era habitual que a semejante hora estuviera.

—¿Marion Egan? ¿No es...?

—Sí. Empleada de la Cheplor.

—¿Y dice que la han quemado dentro de un tronco... que la han asado como a un lechón?

—Tal cual. Pienso que antes que eso debieron desvanecerla con algún golpe en la cabeza, pues no creo que se prestara a meterse en semejante sitio por su propia voluntad.

—Pero eso es una muerte horrible. ¿Y piensa usted que tiene alguna relación con el incendio de la Cheplor?

—Eso es imposible de decir en estos momentos. Lo que es evidente es la presencia de Xen Karnoss en aquel lugar, aunque yo soy testigo de que él

no pudo ser, en ningún caso, el autor del crimen. Como ya le he explicado...

Relató su visita al piso del científico y su entrevista. Lo único que omitió, quizá porque no le pareció conveniente o por temor a que la policía quisiera hacerse con sus fuentes de información, fue lo de la identidad de Marion Egan, convencido, por otra parte, de que no tardarían en descubrirla.

El teniente Bodman impartió las órdenes pertinentes y él en persona se precipitó al exterior y montó en uno de los vehículos azul pálido, que salió disparado hacia el sur por la Avenida Columbus. Sin que le echaran cuenta, Gimpel se retiró de aquel escenario. Su segundo objetivo de aquella noche fue un club situado en la carretera de Chicopee a Holyoke.

El local ostentaba el nombre de «Piscis» y era propiedad de un tal Spiro Mensis «El Griego». Al agente le constaba que allí se reunían miembros de la colonia griega, no muchos por cierto, pero algunos de ellos quizá conocieran a Karnoss o al que fue su suegro, y pudieran aportarle mayores detalles sobre aquel ya lejano suceso del incendio de la fábrica de papel en Louisville.

Por fuera estaba rodeado por un jardín algo descuidado, con una piscina y una pista de tenis. El interior correspondía a lo tradicional: dos pistas de baile, una barra y un saloncito restaurante, con varios cuartos un tanto más privados. Gimpel se acercó al mostrador en forma de S y pidió al mozo un Martin!

Paseó su mirada por el público. Poca gente, varias parejas cenando. El espectáculo aún no había comenzado. Pidió al camarero que le informara acerca del servicio. Y se metió por un pasillo que también conducía a las cocinas. Pero no fue a cumplir con ninguna necesidad fisiológica, sino que se dedicó a mirar dentro de los cuartos por delante de los que iba pasando.

Por fin halló lo que buscaba. Sin duda aquella habitación era el dormitorio de algún empleado del club, un vigilante. Estrecho, con un camastro pegado a la pared, un pequeño armario y una mesita; un sillón con un brazo roto y una silla. Tumbado sobre el jergón, la enorme mole del boxeador negro Jess «Buffalo» Mathesson, roncando.

No pensaba molestarlo. Con sigilo cerró por dentro y se aproximó a la silla de la que colgaba la sucia chaqueta a cuadros del «sonado» púgil. La registró con celeridad y extrajo una mugrienta agenda del bolsillo superior. Pasó sus hojas donde figuraban nombres escritos con un lápiz chuperreteado y con dudosa ortografía (se alumbraba con su linterna que cubría con la mano). Una anotación reclamó su interés: «Puppetstick, 11 p.m. Hotel Clymon, Alden St.».

Y el día de la fecha. Faltaba media hora para aquella cita. Gimpel tomó nota de que sobre la mesa sacudía su panza de acero un reloj-despertador; quizá no tardara en estremecer la pesada atmósfera del cuartucho.

Reintegró la libretita a su sitio y salió al pasillo, no sin comprobar que estaba tan desierto como antes.

Volvió al bar.

—Empezaba a preguntarme si se habría indisputado —rezongó el camarero.

—Un poco sí. Parece que no me ha sentado bien la cena de esta noche. Pero de todas formas me tomaré el Martini.

Lo hizo, abonó su importe y se quedó mirando al muchacho con intensidad molesta, hasta que lo puso nervioso.

—¿Qué pasa? ¿Acaso he heredado una fortuna y no sabe cómo darme la noticia?

—No. Pero es posible que esté reflexionando sobre la falta que te pueden hacer diez dólares... además de la propina.

Enrolló un billete en su dedo índice y lo agitó levemente. El otro sonrió con suficiencia.

—Ya. Viajante, liberado de la familia, busca dar satisfacción a su otro «yo» perverso. Bueno; pues tengo una lista de...

—No te precipites. Se trata de una simple información. Tengo entendido que en algún reservado de aquí se reúnen periódicamente personas de origen griego, paisanos del dueño de esta casa.

—¡Ah! ¿Es eso? Pues sí. Los días cinco y veinte de cada mes vienen a cenar. Cuando están todos son doce en total incluyendo al viejo Mensis.

—Te has ganado los diez. Y otros diez ahora por darme los nombres de los asistentes... si los conoces.

—A la fuerza. Tenemos la lista para reservar el salón y porque pagan una cuota para atender a los que puedan estar necesitados... ya sabe.

No deberían haberle prevenido en contra, lo cuál era lógico, porque se apresuró a buscar una carpeta y sacar una hoja que tendió al agente. Este la repasó y fotografió mentalmente. Dos nombres resaltaron: Harvey Merle y Herman Tobin. Así que aquellos dos individuos, ambos pertenecientes a la Cheplor, pese a sus nombres totalmente sajones eran de origen griego, como Karnoss por supuesto. Sin embargo, Marion Egan, la asesinada, no aparecía en la lista.

—Está bien; gracias y aquí tienes lo prometido.

Le dejó los veinte dólares y se retiró. A todo gas partió hacia la ciudad. Alden era una calle corta, orillada de chalets, con plátanos falsos en las aceras. En las cercanías se ubicaban varios colegios y residencias. El Hotel Clymon ocupaba una esquina con Mancok y era un edificio de finales de siglo, con estilo gótico Victoriano, pero remozado últimamente con anexos modernos.

El agente aparcó el coche junto al bordillo, a unas cincuenta yardas, y caminó a pie hacia la fea fábrica. El Clymon contaba con una sala de baile

y su bar correspondiente y un «hall» que, como en casi todas las realizaciones de la época, recordaba a una estación de ferrocarril, incluso con su puesto de revistas y tabaco en un rincón.

Precisamente Gimpel se acercó al quiosco aquel y adquirió un par de publicaciones y un paquete de chicle. Con ellas bajo el brazo buscó uno de los sillones desde donde pudiera vigilar la escalera y la entrada de los ascensores. Y se arrellanó con toda comodidad. Había otras cuantas personas, casi todas de edad, ocupadas también en la lectura. De la parte del salón llegaban los sonos de una orquesta.

No tardó en acercársele un empleado del hotel para interrogarle cortésmente si esperaba a alguien. Gimpel le aseguró que confiaba en que una tía suya viniera a alojarse en aquel sitio, pero que viajaba por carretera desde Boston y no podía saber la hora exacta.

—Yo le recomendé este sitio por referencia de unos amigos míos... el señor Puppetstick, no sé si le sonará el nombre.

La sonrisa de su oponente le demostró, que, en efecto, estaba al corriente de aquel huésped.

—Precisamente esta noche se reúne con unos amigos en el saloncito violeta. Es una pieza que se reserva para determinados actos.

—¿En serio? ¿Y dónde está ese saloncito? A lo mejor me acerco luego a saludarlo.

El otro se lo localizó en un plano imaginario y el agente le dio las gracias efusivamente y un billete de diez dólares, con lo que consiguió alejarlo. Unos cinco minutos después cruzó hacia el fondo donde se abrían las jaulas que transportaban a las sucesivas plantas la armoniosa, flexible figura de Ethel Dangran. Y a poco, el rubio Oliver y el castaño Stan. Y casi pisándole los talones, con un jadeo y aturdimiento en sus planos ojos, el negro «Buffalo» Mathesson.

Para cerrar el desfile un desencajado sujeto en quien Gimpel reconoció al otro investigador de la Cheplor, el ingeniero de aviación especialista en fuselajes y resistencia de materiales, Herman Tobin.

CAPÍTULO 5

K

ARNOSS se dejó caer sobre el diván del salón y estuvo un rato con los ojos abiertos, fijos en el techo, tratando de controlar su mente y los alterados latidos de su corazón. Sin poderlo remediar giró la vista a los pocos segundos y la clavó en el siniestro regalo, el muñeco quemado.

Era tonto que pretendiera reducir la importancia de lo sucedido. Marion Egan, de quien acababa de enterarse que era la hija de Leonides Rathephis, aquel vigilante de la fábrica de papel de su suegro y que murió en el incendio, había sido brutal, salvajemente asesinada.

Todavía conservaba en su nariz y en sus encías aquel olor nauseabundo y en sus retinas la visión del semblante hinchado, rojo. ¿Quién pudo cometer...? Notó como una interferencia en su memoria y otra faz quemada, deforme, se superpuso a la de Marion.

Y contra toda la resistencia de su ser tuvo que repasar aquel sucio pasaje de su vida. Porque aunque la operación fue limpia, perfectamente preparada y casi sin dejar huellas, algo falló. Lo primero, el que el vigilante, movido por un absurdo celo profesional, se arriesgara en tal forma que sucumbiera entre las vigas ardientes y los muros calcinados que lo sepultaron.

Lo segundo, lo más increíble, el que aquella otra mujer estuviera allí dentro. Y el que en lugar de rescatarla a ella fuera su propia mujer, Stefanie, la que sacaran de entre los escombros, pero tan desfigurada e inconsciente que nadie la reconoció. Y alguien, jamás pudo saber quién, la condujo a un hospital y la internó con otro nombre y como si le hubiera sucedido aquello en un accidente, el incendio de la cocina de su casucha.

¿Se hizo con deliberación, para justificar los acontecimientos posteriores, o fue realmente una confusión y el desconocido héroe creyó salvar a una mujer distinta y hasta transcurridos varios meses, en que recobró la conciencia, no se dio cuenta de su error? Pero si fue así ¿quién era la mujer hallada por los bomberos entre las ruinas humeantes y que identificaron como a Stefanie, su esposa? Dado que oficialmente nunca se supo de aquel cambio, el misterio más profundo cayó sobre ella y la persona que la salvó.

Pero cuando Karnoss, que aún mantenía una actitud de viudo

entristecido, recibió aquel aviso para que fuera al hospital presbiteriano porque uno de los enfermos recogidos reclamaba su presencia, no podía sospechar con lo que iba a enfrentarse. Solo al oír llamarse por su nombre por aquella máscara horrenda, la impura flor cárdena donde lo único que testificaba como un ser humano eran los ojos, la reconoció. Y registró el más intenso retroceso en su pensamiento, como si rodara por una pendiente al más hondo precipicio.

—¡Stefie! —pudo por fin articular—. Pero sí...

—¡Xen, Xen, necesito tu ayuda! —gimió ella—. Es preciso que me saques de aquí, que me devuelvas mi identidad...

En pocos segundos Karnoss captó toda la tragedia. Los seres que conocían íntimamente a Stefanie ya no existían. Su padre había muerto —era huérfana y carecía de hermanos— y ella misma estaba irreconocible. Hasta las huellas digitales le fueron borradas por el fuego. Por sí sola no podía reclamar su personalidad, puesto que el cadáver hallado fue establecido como el suyo.

—Pero ¿cómo... cómo te sacaron de allí y quién...?

Su plan se vino abajo. Stefanie viva y, para colmo, convertida en un monstruo, un monstruo que le acusaba y le suplicaba a la vez.

—No lo sé, Xen, te lo juro. Alguien me trajo aquí donde me curaron y donde hasta hace unos días no he recobrado el conocimiento. Al parecer les dijo que me quemé al prenderseme las ropas con un hornillo de gas en mal funcionamiento. Y me inscribió con el nombre de Eva Eden, lo cual, si te fijas, es como un símbolo, pues quiere significar que había nacido como ella de un modo fantástico...

—¡Oh calla, no cuentes esa estúpida historia! ¡Eva Eden! Pero ¿quién fue el que te sacó de entre los restos de la fábrica?

Estaba furioso. Aquel estúpido, o estúpida, desbarató lo que tanto trabajo le costó urdir. Un crimen perfecto, aunque en su mente no tuviera tal carácter, sino el de justa reparación de una injusticia. Porque su casamiento con la hija de Dimitric Porotna fue impuesto, un auténtico acto de violencia moral y física contra su persona. El suegro, un hombre duro, que había labrado su fortuna por procedimientos no muy claros, le propuso aquella unión a cambio de darle la oportunidad de obtener un puesto privilegiado en sus negocios. Por lo pronto, le nombraron director de la fábrica. Y todo por un pequeño detalle: Stefanie era fea como una de las señoritas de Avignon pintadas por Picasso.

Fea y tonta. Un buen regalo. ¿No era lógico que intentara quitarse aquel paquete de encima?

No le fue difícil montar el gran número del incendio. Karnoss estudió perfectamente el escenario y las costumbres de los que iban a ser sus víctimas. A la hora en que tenía proyectado que se declarase el fuego, poco

después de la cena, su suegro y su mujer estarían en el salón con la vista clavada en la pantalla de un aparato de televisión. Pero aquella tarde, además, iban a hacerlo en condiciones un tanto especiales. El joven les proporcionó un ligero somnífero, el suficiente para que no le opusieran resistencia a que los sujetara con tiras de esparadrapo y los amordazara; así no quedarían huellas al quemarse, pero sí les impediría escapar de las llamas.

Y preparó el artilugio para que entrara en acción varias horas después, justo cuando él estuviera a varios cientos de millas de aquel lugar. Eligió un cuarto que guardaba barnices, gomas y lacas situado debajo de la vivienda. Y el dispositivo era algo tan simple como un magnetófono de pilas, aunque sin ningún cartucho, pero conectado a un hilo de plástico y...

Karnoss, tras una última ojeada al conjunto y al funcionamiento de aquel ingenio, subió a su coche y se marchó a Boston donde asistiría a un congreso y después a una cena; por supuesto que corría riesgos, pero lo había calculado todo con precisión de laboratorio. Fue al finalizar la comida cuando le dieron la noticia de la catástrofe. Todo se había desarrollado conforme a sus planes.

Todo, excepto que hubo dos víctimas más de las previstas y que Stefanie estaba ahora allí, frente a él, más monstruosa que nunca y, pese a todas las evidencias, sin creerlo culpable, pidiéndole —o exigiéndole— que la ayudara.

Curiosamente, la conciencia de Xen Karnoss no se sentía dañada por su crimen y no experimentaba remordimiento alguno por sus consecuencias. Aceptaba que había provocado un acto que pudo ser natural —¿a quién se responsabiliza por los efectos de un terremoto o una inundación? —y su derecho a proceder así puesto que los demás, toda la sociedad incluso, no le respetaba a él y trataba de utilizarlo para cualquier fin, por muy deshonesto que fuera.

Pero se sublevaba ante el hecho de aquel fallo. ¿Por qué aquella criatura estúpida tuvo que sobrevivir? ¿Y por qué apareció quien pudo sustituirla? ¿Qué fue a hacer en la fábrica aquella desconocida?

Porque él había tenido en cuenta las posibilidades más lógicas, como el que alguien se presentara de visita, pero no aquello.

Era preciso admitirlo: Stefanie se pudo salvar, aunque a costa de estar por completo deformada por las quemaduras. Aún debería permanecer en el hospital una larga temporada hasta que los médicos le dieran de alta. Unos médicos también incongruentes con su misión, a juicio de Karnoss. Seguramente no hubieran puesto tanto celo en hacer que viviera un gran investigador o artista. Y, sin embargo, había volcado toda su ciencia en semejante ser vulgar e inútil. Él nunca entendió aquel principio deontológico por el cual un profesional de la medicina luchaba hasta el

agotamiento por rescatar de la muerte a una persona que, nada más ser capaz de sostenerse sobre sus pies, sería ajusticiada.

«Si esa voluntad de asistencia y cuidado no existiera en cualquier circunstancia, como tampoco la ayuda cuando se produce una catástrofe, la solidaridad en suma de los seres humanos nada más que por serlo, el mundo se transformaría en una espantosa sala de manicomio. Por estar debilitado ese sentimiento por la lejanía, el desconocimiento, o por falta de unos intereses comunes, sobrevienen las guerras, los enfrentamientos brutales entre los hombres que dan lugar a tales incongruencias» le dictó una lección magistral el titular de una clínica a quién expuso su teoría. Y que le cobró tres mil dólares por una simple operación de apendicitis.

Pero Karnoss obsesionado por aquel azar que había estropeado su obra, solo sentía rabia y decepción contra sí mismo. Ciertamente ella era como un fantasma, que la considerarían una loca si trataba de revelar su existencia. El único que podía extenderle fe de vida era él y aun así no resultaría fácil que se creyeran la extraña historia. Sospecharían algún raro asunto —y lo era— sobre todo porque nadie reclamó el otro cadáver.

—Stefie —se lo razonó—, no podemos decir ahora mismo quién eres.

—¿Por qué? Estoy viva, soy yo...

—Sí. Y yo lo sé... aunque te confieso que mi cerebro se resiste a aceptarlo. Solo porque te oigo y veo tus ojos... Pero tú has perdido —confiemos en que solo momentáneamente— tus señas de identidad. Y allí, entre los escombros de la fábrica y de la casa, los bomberos extrajeron el cadáver de otra mujer.

—¿Otra mujer? ¡Pero eso es estúpido!

—Escucha...

Le explicó todo lo sucedido, sin decirle, por supuesto, su participación. Le mostró los diarios de aquellas fechas en que se daba cuenta de la destrucción total de la fábrica por un incendio... atribuido a algún corto circuito. Y donde a ella se la daba por fallecida. Pudo ver las fotografías de su propio entierro y a su «desconsolado» viudo al borde de la tumba, dejando caer un ramo de flores. Luego, Karnoss le repitió con machaconería la inconveniencia de confesar la verdad entonces.

—Sería terrible para ti, Stefie. Los periodistas te asediarían, publicarían tu foto así... en toda la prensa del país. Y lo peor es que quizá, ni siquiera con mi testimonio podrían convencer al tribunal de que realmente fueras Stefanie Karnoss, nacida Porotna. Recuerda que sin quemaduras, y con cientos de testigos y pruebas, se ha rechazado la pretensión de esa mujer de la Selva Negra que aseguraba que era la hija del Zar de Rusia...

—¡Pero mi caso es distinto!

—Claro, claro. Pero quizá peor. Ten paciencia, Stefie. Lo importante es que te cures. He hablado con los médicos y me han dicho que pueden, más

adelante, hacerte una operación de cirugía y devolverte tu rostro normal... o quizá mucho mejor que antes.

Lo cuál era mezclar verdades con mentiras. Pero Stefanie se convenció. O, por lo menos, se conformó con sus argumentos. Karnoss sabía que, en efecto, por medio de la plástica, injertándole piel de otra parte del cuerpo, quizá pudieran los cirujanos confeccionar un semblante pasable a la mujer. Pero aquello era un proyecto a largo plazo y lo apremiante para él no era la transformación sino la destrucción de aquella huella de su crimen.

¿Y lo había conseguido? ¿Cómo se explicaban entonces las apariciones de aquella mujer con las facciones convertidas en las de un mandril cada vez que hubo un incendio en la Cheplor? Y, sin embargo, él se había asegurado de que...

Cuando le dijeron en el hospital que estaba en condiciones de poder valerse por sí misma, Karnoss se la llevó a una casa apartada, aislada por un pequeño jardín, y cuyas puertas y ventanas aseguró a conciencia. Ella protestó, pero su marido se apresuró a justificar tales medidas.

—No seas estúpida, Stefie. No podemos correr el riesgo de que alguien se cuele aquí y te vea; tú no puedes presentarte así ante la gente. Hasta que te hagan la operación reparadora —y ya oíste al Doctor Kuxper que era factible— debes permanecer en esta casa y no relacionarte sino conmigo. Yo me cuidaré de todo.

—¡Pero me creen muerta, Xen! Y cuanto más tiempo pasé sin que...

—¿Acaso no soy yo tu mejor testigo? No habrá ningún inconveniente, cuando llegue el momento, ya lo verás.

Una vez más la mujer se plegó a sus deseos. Y se constituyó en la prisionera de aquel refugio, pasándose días sin ver a nadie, moviéndose por todo el interior con la sensación de que era el último ser vivo de la tierra.

Y conforme transcurría el tiempo en su encierro, se inició un proceso de anulación de su personalidad. El desdoblamiento que suponía el estar siempre pensando en sí misma, reconociéndose con unas señas y, por otra parte, con la sensación de que era un fantasma, que la máscara que le fabricó el fuego la separaba de sus semejantes y que, para mayor confusión, el cadáver de otra mujer le fue atribuido sin que la tal desconocida hubiese tomado nombre, era un choque demasiado excesivo para un cerebro tan débil como el suyo.

Y aunque Karnoss ya había decidido que lo mejor, aprovechándose de sus circunstancias, era borrarla definitivamente del censo humano, aquello le proporcionó una justificación mayor. Sería incluso una buena obra acabar con aquel ser que, además, era un peligro, un peligro que se incrementaba por su trastorno mental. Y estaba también, claro, su repugnancia, un asco mezclado de miedo, cuando se enfrentaba con ella en la soledad terrible que él mismo había creado.

—¡Oh, querido, querido, te he esperado toda la tarde! Observa la tersura de mi cutis, especialmente adornado para ti. ¿Verdad que cada día que pasa estoy más bella y joven? Ellos me han elegido su reina.

—¿Ellos? ¿Quiénes...?

Al principio Karnoss tuvo un mayor sobresalto sospechando que alguien hubiera saltado la barrera. Pero enseguida comprendió que eran personajes surgidos de su imaginación enferma.

A partir de aquel momento intensificó sus gestiones para que, de un modo discreto y eficaz, Stefanie dejara de ser un problema. Y conoció a Calvin Farnum.

Mientras evocaba todo aquello Karnoss se daba cuenta de que, igual que le sucedía muchas veces con los trabajos de laboratorio, cuando suponía estar seguro de los cálculos y comprobaciones efectuadas, al repasarlo más tarde descubría omisiones, errores. Pero siempre le ofuscaba el brillo de su rápida inteligencia y le parecía que cualquier cosa que surgiera de sus bien entrenadas meninges tendría que ser perfecto.

Ahora que repasaba también aquellos acontecimientos descubría las equivocaciones, la serie de datos y detalles que dejó de tomar en consideración. Por ejemplo, tendría que haber investigado más la existencia de la misteriosa persona que salvó a Stefanie y la condujo al hospital. ¿Fue uno de los bomberos? ¿Y si lo fue, por qué no denunció aquello a sus superiores y a la policía?

Pero, sobre todo, debió asegurarse de que Calvin Farnum cumplió con el encargo y de que no lo siguió a él y supo quién era realmente. Porque era el hombre ideal para intentar un chantaje. Aun cuando, de ser él el autor de todos aquellos hechos últimos, su proceder era anormal y no se correspondía con el clásico extorsionador.

Karnoss, tras su intensa reflexión, llegó a la conclusión. Antes que nada era preciso que aclarara de un modo definitivo lo que pasó con su mujer. Si Calvin Farnum realizó su cometido, podía entonces dedicar su atención a otras personas y contar con un gran margen de seguridad.

CAPÍTULO 6

E

El agente de seguros, Judson Gimpel, se valió de un truco muy simple y muy viejo en la profesión para enterarse de lo que se hablaba en el salón violeta del Hotel Clymon. Abordó a un camarero que había salido del cuarto aquel, le ofreció dinero a cambio de su chaquetilla y de que se tomara un descanso de una hora aproximadamente.

Provisto de aquel disfraz penetró con una mesita que transportaba botellas y vasos; observó a los reunidos con disimulo. Eran los mismos que ya conocía, menos el señor Puppetstick que aún no había hecho su aparición.

Como el contenido de la conversación era de lo más inocuo, el falso mozo se apresuró a abandonar la pieza. Pero se quedó en la antecámara, incómodamente instalado en el hueco que tapaba una cortina del color que daba nombre al reservado. Inmediatamente de ocupar aquel puesto, la tensión acumulada entre los presentes estalló con terrible violencia.

—¡Os digo que es cierto; Marion Egan ha sido asesinada! —era Tobin quien hablaba—. Y lo han hecho de un modo asqueroso, asándola dentro de un tronco hueco... al menos eso dijo el jefe de policía.

—¡Oh, por favor, no digas eso! —Ethel revelaba su sensibilidad femenina—. ¡Es horrible! Pero ¿por qué... por qué...?

—Yo os digo que no me gusta este asunto. Nosotros únicamente accedimos a meternos en el lío porque...

Por espacio de varios minutos se expresaron en forma parecida. Estaba claro que no les había gustado aquel asesinato «a la parrilla». Lo relacionaban de algún modo con el incendio último y también con los anteriores.

Poco después, el señor Puppetstick pasó al interior del salón. Una figura que denunciaba su falsedad tan claramente como un enano de carnaval. La cabeza tan gruesa y con tanto pelo no podía ser sino porque utilizaba una peluca. E igual de postizos eran las cejas y el bigote. Completaba aquel disfraz con unas gafas oscuras. Por lo demás, su atuendo era normal, aunque con un penetrante tufo de pulcritud, de atildamiento.

—Ya se han enterado ¿eh? —emitió con una voz de falsete nada más entrar—. Bien; ha sido algo horrible, pero esto no modifica en absoluto

nuestros planes.

—¡Pero ese crimen...! —inició con apasionamiento Ethel.

—Por lo que respecta a nosotros carece de importancia. He podido enterarme de que la policía no relaciona a Karnoss con él, y eso significa que debe tratarse de otro asunto. Todos sabemos que Marion Egan no llevaba una vida... excesivamente clara.

Tobin intervino entonces.

—Hay algo que no entiendo en todo esto, jefe.

—¡No me llames «jefe»!

—Está bien: Puppetstick si lo prefieres. Según nos has explicado, la presión que nosotros ejercemos sobre Karnoss tiene por objeto justificar, cuando llegue el momento, que esa fórmula del nuevo material para fuselaje de aviones y naves espaciales, es él quien la ha sustraído de la Cheplor y vendido a terceros. Y que esos incendios de Taunton, de Worcester y el de aquí servirá perfectamente de coartada cuando se decida destruir por completo la empresa.

—Sobresaliente, Tobin.

—Sí. Pero usted dice que la muerte de Marion Egan no tiene nada que ver con ello. Sin embargo, la han matado quemándola dentro de un tronco hueco. ¿No resulta demasiada coincidencia? Por lo pronto, investigarán sus relaciones con todos nosotros. Me refiero especialmente a mí, claro, que he sido compañero suyo de trabajo.

—Repito que es algo que no nos debe preocupar. Marion ha tenido que ver con mucha gente y el modo de darle muerte no hace al caso. Por otra parte, nos ayuda también porque, aun cuando Karnoss ha podido demostrar que no pudo ser él el autor, ha tenido que confesar que tuvo un lío amoroso con ella. Y hay algo más. Como tendréis que enteraros de todas formas, os lo adelantaré: sabed que Marion Egan se llamaba, en realidad, Rathephis de apellido y era hija de Leonides Rathephis, el vigilante de la fábrica de papel de Louisville, que murió en aquel incendio.

Hubo una retención de respiraciones.

—¿Es cierto eso? ¿Entonces...?

—Es posible que Marion entrara en la Cheplor con ánimos de vengar a su padre. Incluso las relaciones amorosas con Karnoss pudieran deberse a ese motivo, pero algo debió de ocurrirle que le hizo desistir de su propósito. Y tal vez haya sido ese la causa de su muerte.

En el silencio que siguió se adivinaban muchos interrogantes. Y como un frío viscoso que sobrecogía a los reunidos. ¿No era acaso también una venganza lo que realizaba aquel «señor Puppetstick» aunque lo presentara como una gran operación financiera? ¿Y de dónde había salido él? Ninguno conocía exactamente su identidad, pero él sí que estaba al tanto de cuanto les afectaba, incluso de aquellas cosas que no hubieran deseado que se

supieran y que constituían la razón de que estuvieran sometidos a su poder.

Por ejemplo, Herman Tobin y sus concomitancias con agentes extranjeros. O la pareja de Stan y Oliver y sus fichas policíacas con una lista de atropellos a la Ley capaces de arrojarlos a un penal por más años de los que jamás soñaron vivir. Y Ethel... La delicada y exquisita hija del senador Monton Danglan estaba tan enredada entre los repugnantes anillos de la pitón del vicio que un ligero apretón más y sería engullida por completo.

En cuanto al negro... Bueno; era como la dependencia de un perrazo hacia su amo. Mataría a quién le señalase y todo porque lo ayudó y le buscó un trabajo cómodo para subsistir cuando estaba asomado al borde del pozo de la desesperación más negra...

La idea que Puppetstick les expuso al término de la sesión en que les convenció de la necesidad de colaborar con él, era de lo más simple y atrayente. Ya entonces se presentó a ellos, en aquel mismo hotel, con su raro aspecto de cabezudo.

—Ese proyecto que desarrolla la Cheplor puede valer millones. Mas para que nosotros nos hagamos con él y lo negociamos con absoluta impunidad necesitamos de alguien que cargue con las culpas, un chivo expiatorio, de forma que la policía y los agentes federales acepten que por ahí se filtró la información.

Les contó lo que sabía acerca de Xenophon Karnoss.

—Es nuestro hombre. Debemos forzarle a que traicione a la empresa y demostrar que él ha sido el autor de los incendios con objeto de ir preparando el último y más definitivo, con lo que se daría por perdida la fórmula y sin que se pudiera probar más adelante que era la misma puesta a punto por otro país... o incluso por otra empresa de aquí.

Pero no trató de aclarar quién pudo ser, de verdad, el autor de los incendios ni de qué forma se consiguieron en tan especiales circunstancias. En el fondo de las conciencias de sus forzados asociados, aunque no lo revelaran, existía la sospecha de que fuera él el responsable de todos los sucesos y de que los estuviera utilizando del mismo modo que a Karnoss.

Pero quedaba el punto final, lo que completaba el programa. Algo que, no por previsto, dejó de preocupar a todos.

—Vamos a realizar el rapto de Ethel —expuso con su voz un tanto nasal, desfigurada—. Es algo que no resistirá y definitivamente nos entregará todo el «dossier» de la investigación. La Cheplor saltará por los aires oportunamente y la policía aparecerá en escena, te liberará a ti, niña, y Karnoss quedará definitivamente perdido.

Redondo. En cualquier caso, Karnoss no podría acusarlos a ellos porque el rapto, en última instancia, se demostraría que era una farsa y aparecería como una invención más del científico griego.

—Eso será lo mejor —concluyó Puppetstick—. Karnoss actuará como un nuevo Teseo liberando a Andrómeda, pero cuando la policía, el teniente Bodman y sus muchachos aparezcan, solo lo encontrarán a él y a sus fantasmas.

—¡Pero yo soy real y él hablará de nuestras relaciones! —protestó Ethel—. Es tonto imaginar que no va a defenderse.

—¿Y qué más da? Cuanto más lo haga más se enredará. No podrá jamás probar que tú estés mezclada con el grupo a quién le ha entregado la fórmula y si tú niegas haber sido raptada en ningún momento, lo dejarás tan en el aire que será incapaz de reaccionar. Su confusión mental, amenazado por las sombras del pasado, le impide discernir.

—De todas formas mi padre se enterará. ¡Habrá un escándalo y...!

—¡Oh vamos, no seas estúpida! Te repito que nada trascenderá fuera del ámbito de la policía, porque no querrán incurrir en un error... tratándose sobre todo de la hija de un senador.

—¡Pero yo no quiero prestarme a ese papel! ¡Estoy harta de todo esto! Pienso, además, que todos vamos a terminar como esa Marion Egan. ¿Quién la ha matado? Hay algo más en todo esto que no nos explicas...

Había entrado en una fase de histerismo. Sus compañeros la miraban impresionados. Puppetstick les hizo una seña y, tras unos segundos de vacilación, los matones y Tobin abandonaron el salón. El cabezota se acercó entonces a la joven y se colocó a su lado. Ethel le contempló con los ojos extrañamente agrandados y respirando agitadamente.

—Oye, muñeca, pienso que no te has dado cuenta exactamente de cuál es el papel que nos corresponde a cada uno. Ya no podemos retroceder; hemos ido demasiado lejos.

—¿Por qué? Podemos dejar las cosas como están. Tengo miedo. ¡Y no quiero que me pase lo que a Marion Egan!

—¡Estás loca! Nada tienes tú que ver con ella. ¿Y sabes lo que podremos obtener cuando todo esto termine y ese Karnoss haya ingresado en la cárcel o en el manicomio? Son muchos millones de dólares.

—¿Y quién garantiza que nosotros vayamos a disfrutar de ni uno solo de esos millones? No te conocemos, nada sabemos de ti... excepto que tú sí que lo sabes todo acerca de nosotros. Puedes desaparecer y dejarnos en la estacada. ¡Pero yo no pienso seguir más este juego, no! Puedes quedarte con tus millones y buscarte a otra que...

Su propio miedo y desesperación le proporcionaban la energía para intentar rebelarse. Puppetstick sacudió su pesada testa con pesadumbre.

—¿Desde cuándo no tomas una ración de «nieve»? —preguntó con solícito interés.

—¡Oh no, no! —rechazó Ethel que se puso en pie. En aquella actitud desafiante resultaba verdaderamente hermosa—. ¡No me vas a convencer

con eso, no! Y te voy a decir más: he roto para siempre con la droga.

A su opresor no le impresionó aquella declaración. Era tan conmovedoramente patética como la de quien anuncia que se va a retirar a un desierto a hacer penitencia... asqueado de sus muchos millones y los placeres que estos le reportan.

Porque tan solo espíritus extraordinariamente fuertes y predestinados son capaces de llevar a cabo renunciadas así. Con el «hándicap» para los drogados de que su organismo está minado, desprovisto de las necesarias reservas.

Puppetstick dirigió los cristales oscuros de sus gafas hacia el rincón que ocupaba el silencioso boxeador. Y le hizo un leve gesto. Mathesson se puso en acción inmediatamente. Incorporó sus seis pies y una pulgada e hinchó el poderoso tórax. Pero aquello, con ser estremecedor, cedía ante la estúpida sonrisa y los grandes ojos planos que miraban con la opacidad de los de un pez.

Ethel lanzó un alarido al verlo aproximársele. Y quiso huir del cuarto. Pero Mathesson extendió una de sus largas piernas y la joven tropezó y rodó por el suelo, con una exhibición de sus armoniosas proporciones, las molduras admirables de sus muslos, pantorrillas y tobillos.

La visión de aquellas líneas sonrosadas, tan tiernas y prietamente cuajadas a la vez, poseían para el robot-negroide el mismo significado que un plato de huesos para un can hambriento. Se inclinó sobre el cuerpo, lo alzó con una sola mano y lo arrojó con fuerza sobre la mesa central. Luego, la sujetó sobre la dura tabla y golpeó con su manaza en la espalda y en el incitante trasero de Ethel, pero no recreándose en el castigo, como un sádico de afición, sino con la brutalidad de un King-Kong mecánico.

La hija del senador se revolvió enloquecida, gritó, pero enseguida se cortaron sus lamentos porque el negro le tapó la boca. Y prosiguió la paliza, desgarrándole el vestido y la ropa interior, haciendo brotar la sangre.

Al terminar, de la esbelta y exquisita criatura restaba un rebujo de trapos rotos, sucios, pues aquellos azotes habían aflojado sus esfínteres y se había orinado y moqueado; estaba convertida en un ser indigno, grotesco, en el más bajo escalón de la abyección humana. Puppetstick se arrodilló a su lado y ella lo miró con auténtico extravío, tan destruidas y dispersas sus ideas como sus músculos y nervios.

—Esta es la triste realidad de lo que somos —manifestó el misterioso sujeto—. Un inestable equilibrio, una verticalidad que procuramos sostener con adornos, tratando de reforzar la imagen, el rostro que nos diferencia del animal. Pero el viento de agresividad, esa locura criminal que surge de las cavernas de nuestro instinto, nos derriba y nos vuelve a nuestra verdadera condición, a la figura miserable, revuelta y aplastada por el miedo, por la impotencia frente a las fuerzas que pueden dominarnos...

Con un pañuelo fue limpiando las mejillas de la joven. Y arreglándole la melena, que semejaba fibras de estropajo.

—Aunque tú no lo creas, Ethel, yo odio la violencia. Pero sobre todo la violencia irresponsable, la del atildado mequetrefe que aprieta un botón y destruye media ciudad, solo para conseguir que le paguen un seguro. Quiero que me ayudes a este negocio. Y lo harás, estoy seguro de que lo vas a hacer...

Los pensamientos fueron ordenándose poco a poco en su cerebro. Y se le instaló entonces en sus centros sensibles y en su conciencia algo más espantoso, el dolor, la quemazón y la repugnancia de su estado. Y otra cosa, la sospecha de que aquello podía ser peor, como aparecer carbonizada dentro del tronco hueco de un viejo roble.

CAPÍTULO 7

A

LVIN Farnum era un hombre de escasa estatura, delgado, con la faz afilada y unos ojos grandes, caídos, de un desvaído azul, que infundían una expresión de melancólica tristeza a toda su persona. Su mujer, que también era bajita y de pocas carnes, aseguraba que al sonreír se transformaba y se rejuvenecía. Pero la vida le concedió pocas ocasiones para manifestar alegría.

Padre de seis hijos, dos de los cuales eran subnormales y un tercero, una preciosa niña rubia, atacada por la polio, moviéndose pesadamente con los aparatos ortopédicos en las piernas. Y su madre, a la que alojaban en una especie de buhardilla, con la mente tan enredada como las serpentinatas en Año Nuevo.

Se defendía con un taller de reparación de motos y bicicletas o de cualquier otro aparato que le llevaran, pues era mañoso y había seguido unos cursos por correspondencia sobre electrónica y motores de poca cilindrada.

Su costilla, Piper de nombre, era optimista y combativa por naturaleza y, pese a todas las privaciones y desdichas, se esforzaba por sacar el mayor jugo a la existencia. Pero a veces le asaltaba un temor oscuro, como ante los cerrados y negros nubarrones de tormenta; temor de los sucesos que ignoraba del pasado. Por ejemplo, Calvin nunca le había explicado la razón de aquel traslado de Louisville, en el norte del Estado, a la ciudad portuaria, en el sur, donde ahora residían. Y que coincidió con la superación de una crisis económica que los puso al borde de la miseria total.

De ahí que aquella tarde, cuando vio el deportivo de lujo parado ante la puerta del taller, y el ágil, atlético individuo que descendió de su interior, en su memoria escarbajeara algo, una referencia, un dato, aunque sin concretarse. Y esperara con cierta angustia a que terminara la entrevista con su marido.

Por supuesto que se hubiera sentido mucho más preocupada de asistir a ella. Xen Karnoss sorprendió a Farnum arrodillado delante de una motocicleta, con un muchacho de unos doce años, embutido en un mono blanco y manchado como el suyo, a su lado. El chico contempló con

expresión de alelamiento al visitante.

Y el propietario del local lo reconoció enseguida. Y tembló como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica.

—Lárgate, Ricky —ordenó a su ayudante—. Luego te llamaré.

—Pero sí...

—¡Vamos, haz lo que te he dicho! ¡Dile a tu madre que te dé algo de merendar! ¡Vamos!

El muchacho se levantó y caminó torpemente hacia una puertecilla situada al fondo de la nave; los brazos caídos, el labio inferior colgante. Calvin lo siguió con la vista hasta desaparecer y su sensación de desplome se acentuó.

—¿Qué pasa? ¿Por qué ha venido a verme? —alzó la aguda voz más de la cuenta.

—¿No se lo imagina, eh? —atacó por su parte Karnoss—. Escuche, Farnum: tengo motivos para sospechar que aquel asunto... ya sabe, lo que acordamos acerca de que cierta persona, que sufría innecesariamente y cuyo futuro no iba a ser mejor, dejara de ser una molestia... para ella misma, tuvo algún fallo.

—¿Fallo?

—Sí; eso es. Por ejemplo, que no se cumpliera.

—No comprendo. Yo hice lo que...

Pero su huidiza mirada revelaba la falsedad de su declaración. Karnoss entonces dio un paso al frente y lo enzarzó por el cuello de la camisa azul que sobresalía del «overall».

—¡Maldita sea, Farnum, usted me engañó! Vamos a hablar claro y sin estúpidos rodeos. La mujer que tenía el encargo de hacer desaparecer continúa viva. Y yo le pagué diez mil dólares —¡diez mil!— para que hiciera la faena. ¿Qué pasó? ¿Alguien le ofreció más por dejarla viva?

Zarandeo al enteco hombrecillo quien, con un tirón violento, se desprendió y apartó unos pasos.

—¡No grite! —exigió—. Le digo que yo cumplí con lo pactado.

—¡Eso es falso, Farnum! ¡No continúe con esa farsa! Y atienda: quiero toda la verdad. No pienso reclamarle el dinero aquel; no me importa. Pero necesito que me explique lo que pasó. Si no lo hace, llamaré a su mujer y a sus hijos y les contaré la clase de contrato que establecimos. ¿Comprende? Diré que usted no es sino un maldito asesino a sueldo y que antes de aquello ya había realizado otros «trabajos»...

—¡No es cierto, no es cierto! Solamente fue... Y yo nunca...

—¿Nunca qué?

El pequeño ciudadano Farnum sintió que una oleada de intensa amargura se extendía por su interior. Recordaba cuanto hizo en aquella ocasión, la llegada a la casa aislada, cómo convenció a la pobre loca del

rostro horrorosamente quemado de que era el encargado de conducirla de nuevo a su casa, para que ocupara su antiguo puesto. Y cómo la introdujo en su viejo coche, con un espeso velo sobre la cabeza y la trasladó a las afueras, al solitario vertedero donde tendría que degollarla como a una gallina vieja y arrojarla entre las basuras.

Basuras que periódicamente se cargaban en unos camiones y se quemaban en unos hornos especiales. Naturalmente que Farnum pensaba meter el cuerpo de la loca en un saco de lona y completarlo con desperdicios y objetos desechados, con objeto de que pasara directamente a los cargadores y, luego, a los quemadores capaces de reducir a cenizas incluso a casas enteras.

Pero aquellos ojos tan azules, como dos estrellas en una negra noche, tan absolutamente desprovistos de malicia, le hundieron sus afilados destellos. Sí; irritaban sus palabras, aquel incesante e incoherente discurso acerca de su belleza, la ridícula locura que se había apoderado de su cabeza. Pero por lo mismo, se la notaba en el más completo desamparo, yendo al sacrificio como un cordero. Solo que el cordero es un animal y la muerte violenta parece que forma parte de su ser, ya sea por otra bestia o por el hombre.

Sin embargo, el ser humano no ha nacido para ser inmolado así o, por lo menos, no debería serlo. En cualquiera, aunque sea un loco, se lastima a toda la Humanidad. Y es ese reconocimiento de lo que en tales humanos, los que van a ser sacrificados, hay de los demás, de uno mismo, lo que detiene, a veces, el brazo asesino. Justamente los locos son quienes tienen anulado ese sentimiento de respeto a la vida ajena.

Calvin Farnum comenzó a temblar y a sudar. No podía cometer aquel crimen, no lo haría aunque le costase su propia vida. Devolvería el dinero, denunciaría el caso a la policía... Volvió a meter a la mujer en el destartelado vehículo y se apartó de aquel lugar. Condujo como si estuviera borracho, por espacio de varias horas, hasta que se serenó lo suficiente y se paró frente a un edificio blanco, moderno, rodeado de un jardín.

Un hospital. Aquello le dio una idea. En aquel no podía dejarla porque estaba demasiado cerca de Louisville. Pero sí podía trasladarla a varios cientos de millas, a otro Estado, y soltarla en las proximidades de algún establecimiento sanitario. Seguro que la recogerían. Y no podrían identificarla porque ella solo repetía de sí misma que era Eva Eden y que era algo así como la Helena de Troya de los tiempos modernos, y disparates por el estilo.

Tal como lo pensó lo hizo. Viajó durante toda la noche, una especie de pesadilla rodante, oyendo el parloteo incansable de la loca, sus risas y manoteos, hasta que alcanzó el destino fijado, Rutland, en Vermont, una gran ciudad, pero con solo un periódico que no se conocía más allá de sus

límites. Era posible que algún periodista se interesara por el caso, pero era muy difícil que el hombre que le pagó leyera su reportaje.

La dejó exactamente dentro del jardín del Vermont Hospital, un vetusto caserón de principios de siglo pero al que se le habían añadido pabellones modernos.

—Aquí te tratarán bien —le habló a su víctima, que no le escuchaba y seguía con su conversación fantasmal—. Tú espera y ya verás cómo a lo mejor te dan todo eso que dices.

Se marchó deprisa, queriendo convencerse de que aquello era lo mejor y que podía guardarse el dinero con tranquilidad, porque a efectos de lo que aquel tipo deseaba, la loca era como si hubiera dejado de existir.

Unos días después liquidó sus escasas pertenencias y propuso a su mujer la marcha hacia otra ciudad donde probar fortuna. Le contó una fantástica historia de un amigo que le había hecho un préstamo para montar una pequeña industria y, aunque ella no se lo creyó, se resignó porque lo que tenían entonces era peor que cualquier otra cosa.

Durante unos cuantos meses disfrutaron de una relativa tranquilidad. Con el «préstamo» Farnum abrió un modesto taller para arreglo de bicicletas, motos, radios y magnetófonos. Y no le fue mal, porque era un buen técnico y, además, con el ingenio de un Edison en potencia. Y ya aceptaba que aquel triste acontecimiento estaba enterrado para siempre cuando se le presentó el otro hombre...

—¡Necesito que me diga la verdad! —lo sacó de su evocación la frenética voz de Karnoss—. ¿Qué hizo con la mujer aquella? No tuvo valor para matarla ¿verdad? ¡La dejó ir!

Era inevitable. Por fin habían venido a pedirle cuentas. En lo más profundo de su conciencia siempre supo que aquella historia «reventaría» cuando menos lo esperase. Y allí estaba el «productor» queriendo saber lo que pasó con la puesta en escena del guion. Y después de todo ¿qué importaba? Se alegraba de liberarse, de poder confesar que nunca asesinó a nadie, ni siquiera en aquellas circunstancias.

Se fijó en que, silenciosamente, con la expresión alerta y temerosa de un pobre animalejo apaleado, Piper acababa de penetrar y se situaba en un rincón.

—¡Está bien! —se soltó de las manos de Karnoss y se le enfrentó como una mangosta a una serpiente—. No la maté, aunque fue como si lo hiciera. La dejé en él...

Iba a revelar el nombre del hospital, pero su gran instinto de conservación le contuvo.

—... en una clínica, a más de quinientas millas de Louisville.

—¿Qué clínica?

—No me acuerdo. Era de noche, conducía como si fuera perseguido por

todos los demonios de la tierra, y lo único que deseaba era desprenderme de la «carga». De repente se me presentó en un lado del camino la mole gris aquella y me di cuenta de que era un sanatorio o clínica como le he dicho. Sin pensarlo, metí el coche en una especie de parque que lo rodeaba. Y dejé allí a la mujer.

—Pero ¿dónde estaba la clínica? ¡No me venga con el cuento de que no lo sabe!

—Pues así es. No me fijé en su nombre y tampoco el sitio. Solo sé que era hacia el Norte, muy hacia el Norte.

Karnoss estaba cada vez más furioso.

—¡Maldita sea! —bramó—. No crea que esto se va a quedar así. Usted hizo un trato conmigo, se comprometió a matar a...

—¡Cállese!

Pero ya era inútil. Piper lo había oído y la dilatación de sus párpados revelaba la impresión que le había hecho.

—¡Yo no maté a nadie, yo no maté a nadie! —gritó Farnum—. Le engañé, sí ¿y qué? ¿Piensa denunciarme a la policía? Ella tenía derecho a vivir, tanto derecho como usted o como yo; ¿o se imagina que posee algún privilegio especial? Y no crea que me va a asustar...

Pero la diferencia entre un ser normal, enlazado a otros por el afecto, por el propio sentimiento de lástima hacia sí mismo, y el que piensa que la vida es un juego y que las vidas que les rodean valen lo que fichas para ganar o perder, está justamente en ese límite de actuación.

Karnoss extrajo una pistola, una Magnum y la apuntó contra el hombrecillo.

—Me parece que no me ha entendido, Farnum —emitió por entre los dientes apretados—. Le pagué diez mil dólares por un trabajo... que usted mismo se ofreció a llevar a cabo. No voy a discutir aquel dinero. Pero quiero información, toda la información para corregir su error. Y me la va a dar... enseguida.

Piper se adelantó hacia ellos. El brusco cambio en la dirección de los ojos de Farnum previno al científico que giró con rapidez.

—¡Vaya! Si cuenta con ayuda... ¡Vamos, póngase a su lado! Supongo que será su mujer y me alegro, porque así le hará entrar en razón a su marido. Escuchen: si no me proporcionan lo que deseo, dispararé. Esta pistola tiene silenciador. Y no crean que me preocupa en absoluto. Nadie me va a relacionar con ustedes.

—¡Le repito que no sé nada! Yo la dejé allí y...

—Calvin —Piper le apretó con fuerza un brazo—. Calvin ¿qué importa todo eso ya? Han transcurrido cinco años, tú no tienes por qué impedir que este hombre...

—Muy sensata, señora Farnum.

—¡Pero, Piper, él querrá ir y...!

—Déjalo. ¿Y nuestros hijos, Calvin? ¿Qué pasaría con ellos... con Ricky y los otros? Dile en qué hospital la dejaste. ¿Crees que le será tan fácil sacarla de allí o hacerle algo?

Calvin creyó entender el mensaje que le transmitían las pupilas de su mujer. La conocía y estaba seguro de que ella no le pediría aquello si no fuera porque contara con algún recurso. Se encogió de hombros y miró a Karnoss.

—Está bien —pronunció—. Fue en el Vermont Hospital, en Rutland. Y de veras que ya no sé nada más.

Karnoss empezó a reírse entonces. Eran las carcajadas de un esquizoide que piensa que ha resuelto algún enorme problema y se felicita a sí mismo por su inteligencia.

—¡Naturalmente —dijo a través del espumarajeo hilarante—, usted se olvidó de aquello y se vino a vivir aquí tan tranquilo! No me siguió ni pretendió saber quién era yo... para recordarme de vez en cuando que ella estaba viva...

—No sé de qué habla.

—Claro, claro. Muy listo, Farnum, muy listo. Las llamadas por teléfono, los incendios, la presencia de una mujer con el velo sobre la cara o con una máscara, los muñecos... ¡Usted es el único que ha podido hacer todo eso, el único porque era también quien solamente conocía que ella continuaba viva! ¿Qué quiere? ¿Más dinero? ¿Piensa ensanchar este negocio y levantar una gran empresa... a costa mía?

El ciego, homicida ojo de Magnum, se adelantó hacia ellos. Calvin comprendió que aquel sujeto iba a disparar. Y por su mente cruzó como un relámpago. Se acordó del otro, del que fue a visitarlo para preguntarle también sobre el paradero de la loca. Con la desesperación más inaudita chilló:

—¡Alguien vino a visitarme! ¡Un hombre que deseaba saber dónde había conducido a esa mujer... como ahora usted! Fue a los pocos meses de habernos instalado en este sitio.

La mano que sostenía el arma no pareció vacilar. Pero tras unos segundos angustiosos, fue bajando con lentitud.

—¿Un hombre? Si cree que...

—¡Le juro que es verdad!

—¿Y quién era ese individuo?

—Un bombero.

—¿Qué?

La pistola inició su lenta ascensión de nuevo. Piper miraba a su marido con una mezcla de asombro e incredulidad. Calvin se esforzó en imprimir a sus palabras la mayor convicción.

—Llevaba puesto el casco de bombero aunque se cubría con una gabardina oscura. Y me contó una historia que me pareció confusa y estúpida. Dijo que había sacado de entre las ruinas humeantes de un edificio destruido por el fuego a la mujer aquella y que la llevó a un hospital donde la tuvieron por espacio de varios meses sin recobrar el conocimiento, aunque consiguieron salvarla. Pero cuando fue a visitarla se enteró de que un tal Xen Karnoss se la había llevado de allí. Se enteró dónde estaba tras seguir a ese Karnoss y así pudo ver cómo usted se entrevistaba conmigo y el trato que hicimos. Aquella noche en que yo la llevé al vertedero fue en mi seguimiento, dispuesto a intervenir, pero luego descubrió que yo me iba sin consumir mi intención. Y me perdió en la carretera. Tardó varios meses en dar con mi paradero y ahora quería saber qué fue lo que hice con ella.

Karnoss había guardado definitivamente la pistola. No podía obcecarse hasta el punto de no comprender que aquel pequeñajo esmirriado contaba la verdad. A nadie se le podía ocurrir una fábula semejante. Y, por otra parte, los hechos concordaban. Seguramente aquel bombero fue el que rescató a Stefanie de la fábrica en llamas y, por el misterioso motivo que fuera, la transportó al hospital sin denunciar el hecho.

—¿Y le dijo dónde la había llevado?

—Sí. Me entregó un billete de cien dólares —dijo que no tenía nada más— y se largó. Y no me pregunte quién era ni de dónde venía, porque no lo sé. Es más; no podría reconocerlo aunque apareciera ahora, porque tuvo constantemente el cuello de la gabardina subida y el casco puesto.

Karnoss permaneció unos segundos en actitud reflexiva. Después, levantó la cabeza y contempló con intensidad a la pareja.

—Está bien: le concederé el beneficio de la duda, Farnum. Pero si me ha engañado, le aseguro que no podrá ocultarse de mí. Y recuerden esto: no comenten ni una palabra de todo este asunto.

Advertencia perfectamente inútil.

CAPÍTULO 8

E

N el Hospital Vermont, de Rutland, le confirmaron la estancia de la desconocida casi por espacio de medio año. Luego, alguien apareció y la reclamó. Presentó incluso un certificado de otra institución psiquiátrica de donde habría huido. Pero una investigación posterior demostró que el documento era falso. Y así, se cerraba el caso.

No obstante, quedaba probada la declaración de Calvin Farnum y la existencia del misterioso bombero. Sin duda que estaría relacionado con la también misteriosa mujer aquella cuyo cadáver fue tomado por el de Stefanie.

Karnoss volvió a Yellowfield con una certeza al menos. No eran fantasmas sino entes reales los que le atacaban. Y aquello le proporcionaba una gran seguridad. Tomaría las medidas necesarias para no dejarse atrapar. Por supuesto le hubiera gustado conocer la personalidad de aquel bombero que intervino tan inesperadamente en sus planes.

A quien le interesaba también mucho saber cuanto sucedió en aquella no muy lejana época del incendio de la fábrica de papel en Louisville era el agente de la compañía se seguros «Plutón», Judson Gimpel. Presentía que estaba cerca el desenlace, que la conspiración de terror preparada contra Xenophon Karnoss iba cumpliéndose inexorablemente, con una despiadada seguridad.

Casi estaba en condiciones de señalar al poderoso y enfermizo cerebro organizador, pero restaban destalles oscuros. Ese fue el motivo de que acudiera también a entrevistarse con Calvin Farnum, tras haberse dado una vuelta por Louisville y puesto en orden muchos de los datos que entonces se desdeñaron en la reconstrucción de aquel incendio origen de todo el conflicto presente.

No le aclaró al hombrecillo dueño del taller cómo lo había localizado, pero lo tranquilizó, y a su mujer, acerca de sus intenciones.

—¿Usted le ha dicho a esos hombres en qué hospital dejó a la superviviente señora Karnoss?

—Yo no sé quién era esa mujer —se defendió Farnum—. Nadie quiere aceptar lo que digo, pero es la verdad. Nunca me interesó conocer ni su identidad ni la de quien me pagó para...

—¡Calvin!

—Está bien, está bien, Piper. Por muy desagradable que resulte, esa es la verdad.

—¿Y le proporcionó usted las señas de ese bombero que vino a visitarle después?

—Para mí no fue sino un casco reluciente y una gabardina con el cuello levantado. Y la historia que me contó continúa pareciéndome algo fantástico, de cuento de Lovecraft.

Referencia culta que indicaba una preocupación intelectual en Farnum. En efecto; como un cuento de terror, envuelto en brumas de niebla pestilente, donde el azar se colocaba caretas monstruosas.

»—No debes ir, Mina, no debes ir —la voz trémula del hombre se ahogaba en un líquido gelatinoso—. Ese tipo no quiere sino reírse de ti, aprovecharse de tu inocencia.

»—Tú eres el inocente, tú, el hombre que se imagina fuerte y capaz de resolver todos los problemas. Pero cuando de verdad surge uno grave entonces descubres tu verdadero carácter...

»—¡No puedes seguir reprochándome aquello de Liza! Yo no pude hacer nada. Todo lo que humanamente...

»—Ya lo sé. Marcar un número de teléfono, confiar en un médico medio borracho y largarse... al cumplimiento del deber. ¡Pero tú sabes lo que dijeron acerca de su caso! Se hubiera podido salvar si se la hubiera llevado enseguida a una clínica de urgencia, si le hubieran aplicado oxígeno, sí... ¿Pero a qué viene toda esta estúpida conversación? Ya no tiene remedio. Ni eso ni ninguna otra cosa.

»La vio salir con la oscura sensación de que era la última vez. Era cruel, inmisericorde y lo sabía. Todo el mundo confía en un médico, nadie se coloca el uniforme de héroe, las veinticuatro horas del día. Pero quizá era ahora cuando se comportaba como un cobarde. Quizá tuviera que luchar más por ella, por apartarla de aquella pasión estúpida, enviciada, que no era sino una venganza, un grito de protesta.

»No estaba de servicio. Y la siguió. De sobra conocía el sitio al que iba. Aquel cerdo de Leonides Rathephis, el vigilante de la fábrica de papel de Dimitric Porotna, viudo, con una hija de la que no se preocupaba, era como un chimpancé rijoso y se valía de que era el único ocupante de la industria desde determinadas horas para conducir allí a sus conquistas. A Mina la había encontrado en un bar a donde ella comenzó a acudir para mitigar su dolor con la bebida.

»Y la prefirió a todas las demás, porque era de otra clase, no un desecho de los prostíbulos. Se citaban en la fábrica ciertas tardes. Y aquella era una. Vio cómo penetraban en la vivienda de que disfrutaba Rathephis y se encerraban. Se dispuso a intervenir; incluso marchaba decidido a pelear

con aquel tipo brutal.

»Y entonces sucedió lo imprevisto, aquel horrendo fuego que brotó súbitamente, y que se propagó con tal rapidez que cuando él corrió hacia la caseta donde Mina y el vigilante se habían metido ya estaba rodeada por las llamas. De algo le valió en semejantes circunstancias su condición de bombero. Buscó un objeto contundente y se precipitó contra una ventana en el muro que todavía aguantaba. Se coló por aquel hueco. Y los vio, acurrucados contra un rincón, con el espanto grabado en sus descompuestas facciones. Mina lo reconoció y dio un grito, extendiéndole los brazos.

»Pero no tuvo ocasión de acercarse. El techo se desplomó en aquel momento. Como un loco se lanzó a retirar vigas, trozos de pared, muebles. La caída de la obra sofocó por unos momentos las llamas. Descubrió entre unos escombros el cuerpo de una mujer y lagrimeando, nublada la visión, pese al pañuelo que había colocado sobre su cara, la arrastró hacia la parte libre.

»Apagó a manotazos sus ropas que ardían y pudo extraerla fuera del recinto que era ya un horno. Se la echó al hombro y corrió hacia el punto por dónde había entrado; su idea era que no los encontraran, que no supieran que ella estuvo en aquel sitio. De todas formas, quizá la habría dejado y vuelto para colaborar en el rescate de los demás, pero cuando se alejaba del edificio convertido en uno de los círculos infernales, oyó las sirenas de los suyos.

»Un ligero reconocimiento le reveló que Mina —daba por supuesto que era ella— contaba con escasísimas probabilidades de sobrevivir. Sus quemaduras casi alcanzaban al cien por cien, totalmente deformada la cara y los brazos y piernas. Sin dudarlo la llevó al hospital presbiteriano y declaró que fue un accidente, un hornillo de gas que tuvo una explosión y alcanzó a la mujer aquella, de la que dio como nombre el de Eva Eden. Por su parte, también falseó su personalidad.

»Periódicamente se interesaba por su estado. Y supo que había recobrado el conocimiento... y que no era Mina, sino la otra, la hija de Porotna, la esposa del que ahora aparecía como único y universal heredero. Luego, la presencia de este, y la forma subrepticia en que la sacó de aquel lugar, sin confesar la mixtificación.

Gimpel fue al Hospital Vermont, tras su visita a los Farnum, y se enteró de que Karnoss le había precedido y de lo que le dijeron. También que había insistido mucho en que le describieran al individuo que estuvo allí a por la mujer del rostro quemado. Luego, el agente de seguros tomó el camino de Boston. Y se presentó en su hogar. Eva, su mujer, lo examinó con sus intensos, límpidos ojos azules, inquisitivamente.

—Estás cansado, Jud. ¿Cuándo vas a tomarte unos días de vacaciones? A todos nos convendrían.

—Sí.

Ella lo siguió al dormitorio y asistió a la ceremonia de la puesta de las zapatillas y el batín. Después fueron a la espaciosa cocina y, mientras le preparaba una cena ligera, Gimpel repasó los periódicos y las revistas atrasadas.

—Pronto descansaré, Eva —confió—. Ya está próximo el final.

—¿Te refieres a ese caso que tanto te preocupaba?

—Sí.

—¿Y por fin sabes quién es el autor de los incendios?

El estuvo un rato sin contestar.

—Es una historia muy complicada, Eva. Alguien ha estado planeando una venganza durante casi cinco años, colocando una a una toda una serie de piezas para que se derrumben en el momento oportuno y haya un final apocalíptico.

—Vaya. Pues no creo que exista nada en la vida que justifique una venganza así.

—Quizá no. ¿Sabes una cosa? Posees el rostro más bello que ningún hombre pueda soñar. Tan terso, tan fino, que teme uno acariciarlo como si fuera a romperse.

Eva le sonrió.

—Gracias. Es curioso, pero a veces tengo la sensación de que, en efecto, se rompe y cae en pedazos. Y en mi memoria pugna por abrirse una visión horrible, la de una cara espantosa, sin rasgos, solo una masa oscura en la que se encienden unos ojos brillantes...

—Vamos, olvídate de esas pesadillas. Ya te digo que eres bella y suave como un jarrón de porcelana china.

—Pero estuve muy enferma; ¿verdad, Jud?

No obtuvo respuesta. Judson Gimpel tenía los ojos clavados en el espacio como si recordara, con el periódico abierto sobre las rodillas. Pensaba en el hombre aquel que fue a retirar del Hospital Vermont a la desgraciada loca con su semblante convertido en un tizón y a la que meses antes había rescatado del fuego, aunque, eso estaba claro, no era la que él buscaba. ¿Y por qué la sacó de allí, qué pasó en todo el tiempo transcurrido?

Tal vez un largo pasillo, iluminado con luz neutra de tubos de neón, batas blancas, camillas. Y una larga, atroz espera. Por fin, el cirujano todavía con gorro y guantes. «Bien, bien, aunque habrá que realizar más intervenciones. Esperemos que los injertos prendan. Existen muchas probabilidades de que todo resulte».

Mesas, trasplantes de piel, análisis, pruebas. Hasta que la nueva y fantástica realización del moderno Frankenstein quedara completa. Casi en un ochenta por ciento desaparecían las huellas de las quemaduras, con solo

algunos restos insignificantes. Y surgirían unas facciones de ensueño, delicadas, la respuesta justa a los deseos con tanta ansia expresados, la consolidación de la locura. Y la amnesia. Porque de igual modo que se borrarían los hongos negros brotados de la lumbre, todo su pasado quedaría sepultado en el más piadoso olvido. Sería, en efecto, una Eva del Paraíso resurgida, intacta.

Pero persistiría siempre la amenaza de que el frío asesino que decretó su desaparición descubriera que estaba viva y no pudiera soportar aquello. En sustitución de la conciencia debió desarrollar un miedo insufrible a que en cualquier momento recobrara la memoria y fuera capaz de recomponer su vieja y terrible imagen y lo sucedido...

* * *

Puppetstick miró a su «gang» con una sonrisa irónica.

—No parece que estéis muy animados. Os aseguro que todo va a salir de lo más simple. Todos los tornillos y ruedas del mecanismo están perfectamente engrasados para entrar en funcionamiento. Ya sé, ya sé que vuestra duda es porque sospecháis que yo os engañe, que soy una máscara y que a lo mejor desaparezco sin dejar rastro con la fórmula, mientras vosotros vais todos a la cárcel.

Hizo una pausa en la que aumentó su teatralidad. Luego, con varios rápidos movimientos, se arrancó las gafas, las cejas, los bigotes y, por último, la peluca.

—¡Harvey! —exclamó Tobin.

—Pero tú...

Todos contemplaban asombrados a Harvey Merle, director de la Cheplor, aunque los únicos que lo reconocieron como tal fueron Tobin y Ethel.

—En efecto. Soy Harvey Merle o, si lo preferís, Aquiles Meropoulos, descendiente de una familia griega emigrada a este país a principios de siglo. V voy a relataros una historia vulgar que os explicará muchas cosas. Comencé, hace seis años, a trabajar como químico en la fábrica de papel que tenía en Louisville, Conneticut, un tal Dimitric Porotna, justo el suegro de Karnoss. Cuando este se casó con su hija y fue ascendido a director, me despidió... como a otros cuantos, pues no quería tener rivales de ninguna clase. La casualidad hizo que nos encontráramos de nuevo en la misma empresa. Él, lo cual no es extraño dado el escaso trato que tuvimos, no se acordaba de mí, que había, por otra parte, variado bastante de aspecto.

—Entonces... todo lo que has hecho, los incendios, las llamadas, no son sino una venganza.

—¡Oh no, no! La verdad es que su presencia en la Cheplor, cuando yo ni siquiera podía imaginarme que apareciera por tal sitio, me hizo pensar en esa gran jugada. Me parecía absurdo que un proyecto como el de ese nuevo plástico para fuselajes sirviera para enriquecer a unos tipos que solo estaban para calentar poltronas en las sesiones del consejo de administración. Y comencé a preparar la justa restitución, al mismo ritmo de las investigaciones.

—Pero ¿cómo has podido realizar lo de los incendios? ¿Es que has descubierto un procedimiento para que a voluntad «algo» comience a quemarse... horas después de quedar solitario el sitio elegido y con unos vigilantes que...?

—El truco es muy sencillo, Tobin. Nada de un nuevo combustible; simplemente un magnetófono de pilas.

—¿Eh?

—Sí. Uno de esos aparatos dentro de un cajón de una mesa, conectado con un fino hilo de plástico que se va enrollando, calculada la duración para el tiempo que se desee, con el mismo procedimiento de una cinta grabada. El extremo final dispara un resorte que hace brotar la chispa que, a su vez, prenderá en los productos de alto índice de combustibilidad preparados al efecto. Desde luego, no voy a haceros ninguna demostración práctica, pero estad seguros de que funciona. ¿Y sabéis lo más gracioso? Pues que fui yo quien le proporcionó esa idea a Karnoss para que la usara en el incendio de la fábrica de su suegro. Penetró un día en el laboratorio cuando le enseñaba aquello a un compañero. Y lo vio actuar, aunque no se enteró de quién era el inventor porque yo estaba fuera de su vista.

—Es lo más fantástico que...

—Estoy de acuerdo. Pero también completamente normal y lógico. Hasta mucho más tarde, cuando me lo volví a encontrar, no relacioné ambas cosas. Después, fui extrayendo conclusiones. Y no cabe la menor duda de que tuvo que ser así.

Tras la sorprendente revelación, Puppetstick —o Harvey Marie— pasó a trazar las líneas de la última operación, la del fingido secuestro de la hija del senador Morton Danglan. Se le atraería a un viejo caserón abandonado, fuera ya de los límites de la ciudad, donde debería entregar la fórmula famosa a cambio de la libertad de su prometida.

CAPÍTULO 9

D

ESPUES del intenso trabajo de investigación a que se dedicó en las horas anteriores, Xenophon Karnoss se encontraba en condiciones de establecer, con bastante aproximación, la verdad acerca de aquellos incendios, las llamadas telefónicas y los regalos de los muñecos quemados.

Primeramente, estaba claro que su mujer no fue eliminada como él había concertado con Calvin Farnum. Y que alguien, casi con seguridad el mismo hombre que la rescató del incendio, fue a por ella y, posiblemente, la condujo a algún otro sitio para que la cuidaran y, si era factible, la curaran de su locura y de los estragos del fuego.

Mas ¿por qué aquel individuo iba a desarrollar una venganza tan meditada e inexorable, a lo largo de varios años, contra él? Sin duda que la clave residía no solo en su personalidad —un bombero dijo Farnum, aunque aquello podría ser un disfraz—, sino en la de la mujer cuyo cuerpo achicharrado se tomó por el de Stefanie. Y aquello planteaba el otro problema: ¿qué hacía aquella desconocida en la fábrica de papel en semejante ocasión?

De repente, Karnoss comprendió que su trato con el «Sr. Puppetstick», aquel convenio para entregarle la fórmula sobre la que trabajaba la Cheplor, estaba ligado a lo otro, o sea que había una conjura general dirigida a destruirlo. Indudablemente existían ciertos hechos que no encajaban. Por ejemplo, la muerte de Marion Egan. Solo se justificaba si la joven quiso prevenirle y se opuso al terrible poder que la utilizó también contra él.

Lo que no tenía sentido era aquel odio contra su persona por parte de alguien, quizá víctima suya pero de un modo accidental. Por otra parte, era preciso también que supiera, que se hubiera enterado de que el incendio de la fábrica de papel lo provocó él deliberadamente. No olvidaba la siniestra figura de la mujer con el rostro horrorosamente deformado que se le apareció con ocasión de cada uno de aquellos extraños fuegos en la Cheplor y, también, cuando descubrió el cadáver de Marion Egan.

No le extrañó recibir la llamada de sus viejos conocidos Stan y Oliver y el mensaje que le transmitieron. «El señor Puppetstick quiere esa fórmula, Karnoss, y la quiere completa. Esta misma noche tendrá que entregarla... o no volverá a estrechar entre sus brazos a su preciosa dama. Ya sabe: Ethel,

la hija del senador Morton Dangler. Si la trae a las señas que le vamos a dar, cuente con ella y con el precio convenido».

El lugar era un viejo templo medio derruido, que esperaba ser demolido por entero y transformase en un bloque de viviendas, situado en una zona despoblada del norte de la ciudad, en el camino a Boston. Algunas veces se alojaban vagabundos entre sus muros desnudos, pero la verdad era que el sitio resultaba tan poco acogedor, rodeado de unos campos con matojos y con un canalillo de agua fétida, que ni siquiera ellos lo preferían como albergue.

Hacía unos meses que se había vallado con espino alrededor y colocado un cartel con el anuncio de la inminente construcción. A efectos de la transacción que se preparaba era un sitio ideal, que permitía comprobar si quien se acercara lo hacía solo o era seguido.

Karnoss replicó que no se creía lo del secuestro y entonces escuchó la suplicante voz de su novia que le apremiaba para que obedeciera a sus captores, cerrando con un agudo grito que hizo palpar aceleradamente el corazón del científico. Pese a lo cual conservó su sangre fría. Indudablemente aquello era una trampa, la trampa final, pero que podía contrarrestar.

Por lo pronto, aquella tarde se quedó más tiempo en su cuarto de trabajo de la Cheplor. Y procedió a completar el «dossier» con todo el proceso de la investigación. Quien fuera el ser que le asediaba estaba perfectamente enterado de los trabajos que se efectuaban allí, puesto que era justo cuando ya estaban concluidos, listo para sus últimas verificaciones y para su explotación comercial.

Llevó todos aquellos documentos a su casa y los fotografió. Luego, varió toda la parte final y formó dos carpetas, una con la información auténtica y con la falsa la otra. Con esta se fue a la Jefatura de Policía, en State, y pidió ver al teniente Bodman. Lo pasaron a su despacho.

Karnoss le hizo una rápida, clara y concisa exposición de los hechos.

—Todo está perfectamente combinado —terminó— para obligarme a entregar estos documentos. Yo pienso acudir naturalmente a esa cita y llevarles estos que están cambiados, pero solo en su parte final. Únicamente el director, Harvey Merle, Herman Tobin y yo sabemos que no son los datos exactos, por lo que los extorsionadores no pueden, bajo ningún concepto, descubrirlo... salvo que alguna de esas dos personas estén mezcladas en el asunto.

—¿Y usted piensa que pueda ser así? —arrugó escépticamente su nariz el teniente.

—No lo sé. En cualquier caso, la verdadera fórmula se la entrego en esta cartera. Si es como yo pienso, la persona que está detrás de toda esta persecución querrá completar su operación incendiando la Cheplor y esta

vez totalmente, por lo menos los laboratorios, con lo cual sería imposible que se pudiera saber nunca si la investigación obtuvo éxito o no. ¿Comprende?

—Algo. Pero usted da por supuesto que ese incendio se va a producir por fuerza. Eso supone que debe ser provocado por alguien que esté en condiciones de poder hacerlo, o sea...

—Barajo suposiciones, teniente, y no quiero acusar a nadie. Únicamente le diré que tanto Herman Tobin como Harvey Merle son griegos de origen, como yo, y tuvieron que ver con la fábrica de mi suegro, Dimitric Porotna. Se está utilizando aquel desgraciado accidente para presionarme y, quizá, con un propósito de venganza.

—¿Por qué?

—No tengo la menor idea, pero los hechos son así. Es más; creo que el asesinato de Marion Egan está también relacionado. Quizá ella se negó a cooperar con este individuo... quien quiera que sea.

—Pero son varios individuos.

—Sí. Pero los que me visitan estoy seguro de que solamente ocupan el puesto de comparsas. Alguna persona, cuya identidad desconozco aunque la sospeche, los maneja.

—Pero no entiendo por qué tendría que ser así, señor Karnoss. Su suegro y su mujer murieron en aquel incendio. Y la que podía tener algún motivo de agravio contra usted, Marion Egan, por ser hija del vigilante de aquella fábrica que también murió como consecuencia del fuego, ha sido asesinada. No veo...

Karnoss no quiso ayudarle a que viera. Si le ponía en antecedentes de la supervivencia de su mujer y la confusión con aquella otra cuyos restos aparecieron entre los restos quemados, era tanto como denunciarse. Proporcionó al teniente las señas del punto de la reunión y la hora y le hizo depositario de los trabajos de investigación —no los verdaderos, claro—. El policía, que no era tonto, se extrañó de que no hubiera acudido antes, o sea en cuanto aquella singular «troupe» entró en contacto con él.

La idea de Karnoss era muy simple. Él iba a entregar a los raptos de Ethel para que la liberaran la fórmula verdadera, porque sospechaba que hubiera alguien entre ellos —tal vez Tobin o Merle— que pudieran darse cuenta de si existía algún engaño. Pero si la policía asomaba en el momento oportuno y los detenía, para ella aquellos papeles serían inservibles y se los devolverían en tanto que los en su poder serían restituidos a los propietarios de la empresa.

Con lo cual, no solo los dejaba burlados sino que se apoderaba limpiamente de todo aquel esfuerzo colectivo de investigación y podría, en su momento, ofrecerlo a quién mejor se lo pagase o explotarlo por su cuenta, ya que nadie iba a evitar que él pudiera continuar perfeccionando el

invento.

Con la íntima satisfacción que le proporcionaba siempre aquella «listeza» regresó a su casa para prepararse. Era un hombre de trucos que buscaba el sorprender, el ir por delante de los demás, aunque la mayoría de las veces cometiera fallos (si bien los achacaba, a imponderables que no estaba en condiciones de prevenir).

Se imaginaba que lo encañonarían con pistolas, obligándole a levantar los brazos o volverse. Y se colocó en la muñeca un ingenio que podía lanzar unas cápsulas capaces de derribar a un elefante. Bastaba una ligera flexión hacia abajo y aquello se disparaba. Porque con objeto de redondear su plan y estropear toda la estúpida confabulación contra su persona, era necesario que eliminase físicamente al «cerebro».

Por si el del brazo se le estropeaba o no podía utilizarlo, dispuso otro en el tacón del zapato derecho —adaptado para ese uso y de lo que se manifestaba especialmente orgulloso. Una presión determinada con la punta y el mecanismo funcionaba.

Una rosada atmósfera lo nimbó al pensar en el éxito. Definitivamente libre, como un héroe a los ojos de su novia y del senador y con una inmensa fortuna en su poder. Para celebrarlo se acercó al bar. Pulsó el botón y el panel se descorrió. Y un sudor frío repentino y desagradable lo inundó, porque tras el pequeño mostrador estaba el agente de seguros, Judson Gimpel.

Se repuso lo suficiente para inquirir, aunque con la voz temblorosa:

—¿Qué mil diablos hace aquí? ¿Cómo ha podido...?

—Pasaba casualmente por aquí, señor Karnoss —la inflexión irónica todavía causó mayor malestar al científico—. ¿No le apetece un «whisky»?

Se puso a prepararlo. Y lo colocó con presteza ante su atónito invitado.

—He venido —continuó con el mismo tono— para hacerle un favor. Me temo que tratan de engañarlo, señor Karnoss.

—¿Eh? ¿A quién se refiere?

—Verá; en el desarrollo de la investigación que he estado llevando a cabo durante todo este tiempo, he comprobado que hay alguien interesado en utilizarlo a usted como a un muñeco y poder así, sin riesgos, obtener un gran negocio. Me refiero, naturalmente, a esa fórmula del nuevo fuselaje para aviones y naves espaciales... que usted ha sacado hoy de la Cheplor. ¡Tenga, tenga, beba!

Maquinalmente lo hizo Karnoss. Las ideas se agitaban en su mente como ratas, buscando el agujero exacto para escapar. No comprendía lo que aquel tipo estaba haciendo allí y por qué conocía tantos detalles acerca de él.

—Pero usted es muy listo, señor Karnoss. Ya he podido ver cómo se colocaba esos artilugios. Y estoy seguro de que habrá urdido alguna treta

para hacerse al final con el trabajo de investigación y que sus enemigos se queden con un palmo de narices... o con algo peor todavía, porque usted no emplea remilgos a la hora de despejar su terreno. ¿Son cápsulas de un compuesto arsenical, no? Seguro que podría barrer de delante de sí a un regimiento con un par de ellas. Otras veces, se apropia de trucos ajenos, como, por ejemplo, el del magnetófono para provocar un incendio. Realmente ingenioso, aunque la idea no sea suya. ¿Quién puede achacar a un inocente aparatito de estos, que aparece entre los restos calcinados de un edificio, el ser el causante del fuego? Pero basta un largo hilo, un resorte y que funcionen las pilas, ¿no es así, señor Karnoss?

Karnoss le escuchaba con una especial fascinación. Lentamente en su conciencia iba penetrando la idea de que había sido cazado, que aquel hombre era quien verdaderamente había tejido toda la tela de araña a su alrededor, y lo había estado empujando inexorablemente a su final, a un final que... Notó como un ligero desvanecimiento y apuró de un trago la bebida.

Todavía, todavía le quedaba alguna salida. ¿Cómo era posible que si le vio colocarse aquellos utensilios en la muñeca y en el pie no supiera que podía usarlos contra él?

—¡Y lo limpio y lo fácil que resulta un método así para acabar con cuanto a uno le estorba! Se coloca en el sitio justo, para que funcione a la hora determinada, y las llamas se encargan de lo demás. Usted lo hizo muy bien, señor Karnoss: se quitó de encima a una mujer fea y estúpida, a un suegro dominante y con dinero, y heredó y quedó libre. El que además se llevara por delante a un vigilante y a otra persona que estaba con él, no era sino una tonta complicación. La culpa era de ellos, por supuesto.

—Escuche; si piensa que...

Le pesaba la lengua. Y los brazos. Tuvo unos segundos para percatarse de que nuevamente dejó de lado a factores importantes, quizá los más importantes. ¿Cómo pudo ser tan estúpido que aceptara aquel vaso con licor?

—Eso es, Karnoss, eso es. Un somnífero. De nada te vale ya el aparatito del brazo o del zapato porque eres incapaz de hacerlos actuar. ¡Estás en mí poder, maldito asesino, incendiario loco! Pero antes de que pierdas por completo el negro sentido quiero que sepas que tú acabaste, por pura carambola, con la mujer que yo amaba, proporcionándole la muerte más horrible. La vi quemarse, retorcerse entre las llamas y sin poder hacer nada por ella. También por pura casualidad pude sacar de allí a la que tú deseabas destruir y para la que, más tarde, contrataste a un asesino...

Las retinas de Karnoss retuvieron una última imagen de un rostro convulso, frenético, inclinándose sobre él. Y se durmió.

CAPÍTULO 10

E

N el fondo de aquella nave destartalada, polvorienta, recorrida por grandes ratas, se alzaba lo que un buen día fue un altar y del que no restaba sino la tarima rota y el hueco de atrás. La imagen sagrada que contuviera ya no estaba, pero en su lugar se ofrecía un grotesco muñeco, mayor que el cuerpo de un hombre normal, fabricado de una arcilla refractaria.

A la escasa luz del crepúsculo penetró un hombre con un saco de marino al hombro. Y se acercó al viejo estrado. Apoyó en uno de sus lados el envoltorio y, después, se encaramó a lo alto y abrió por un costado el fanteche, descubriendo así que era hueco. Y que por fuera tenía incrustadas unas resistencias conectadas a unos cables.

Con un gran esfuerzo subió el paquete a su altura y lo desató. Extrajo el cuerpo de otro hombre al que puso de pie, sosteniéndolo con dificultad, hasta que logró encajarlo en el interior del monigote y cerró. Brazos, piernas y cabeza quedaban acoplados perfectamente y con holgura suficiente. Para los ojos, oídos y boca contaba con unas aberturas.

Gimpel descendió de un salto y fue a comprobar si la toma de corriente con una línea que atravesaba por detrás del templo en ruinas estaba bien hecha. Y se frotó las manos de satisfacción. Luego, regresó junto a su víctima. Le constaba que no tardaría en recuperar la podrida conciencia.

—¡Vaya, vaya, Karnoss! ¿Qué tal ahí dentro?

Los enloquecidos ojos del joven rodaban por el interior de las rígidas cuencas del maniquí que lo aprisionaba.

—No me gusta ser sádico, pero te voy a presentar el programa de festejos. Dentro de unos minutos vendrán tus amigos Ethel, Tobin, Merle y Stan y Oliver, con el negro Mathesson. ¿Te acuerdas de ellos? Buenos chicos todos, aunque algo olvidadizos. Todos estaban seguros de que tú fuiste el asqueroso pirómano que destruyó aquella fábrica de papel en Louisville y mataste a cuatro personas, pero les preocupaba más su tranquilidad y el no buscarse complicaciones. Con eso cuentan casi siempre los asesinos. Marion Egan también apostó al mismo juego, aunque colaboró al principio. Y al final quiso renunciar y, lo que era peor, avisarte y avisar a la policía, porque se asustó... ¿Comprendes? ¡Se asustó! ¡La estúpida! Prefirió que tú permanecieras sin castigo, aunque su padre fue

una de tus víctimas. La pobre tuvo una muerte no muy agradable. Como la que vas a tener tú.

Le parecía oír la entrecortada, anhelante respiración del encerrado. Y continuaba con aquella luz pavorosa en sus pupilas.

—Estás metido dentro de un horno, pero no un horno como las sillas eléctricas o los rápidos quemadores para incinerar, sino calculado para un fuego lento. ¿Ves? Acabo de enchufarlo y ya empieza a calentarse. Vas a ir asándote con lentitud... con mucha lentitud. Y cuando te saquen de aquí, serás un chicharrón, un espantoso chicharrón. ¿No conoces esa palabra? Es lo que resta de la grasa del cerdo cuando se la ha quemado. ¡Tú eres un cerdo!

En efecto, las resistencias estaban poniéndose al rojo, pero de tal forma que apenas si se notaba a cierta distancia.

Gimpel se separó de allí. Notaba como un gran vacío, la sensación de que no le proporcionaba la satisfacción que esperaba aquel final.

Estuvo durante todos aquellos años alimentando la hoguera, aquel fuego que ahora consumía atrozmente a su enemigo. Era verdad que siempre había odiado a los pirómanos. Y fue lo que le llevó a servir en el cuerpo de bomberos en la ciudad de Louisville y, más tarde, cuando la catástrofe que provocó aquel tremendo choque en su vida, a convertirse en un agente de Seguros de una compañía especialmente dedicada a los siniestros producidos por los incendios.

Reconstruyó segundo por segundo la forma en que Karnoss pudo cometer aquel desastre en la fábrica de su suegro. Y localizó a cuantos tuvieron alguna relación con él, comenzando a preparar lo que ahora culminaba.

No tardarían en aparecer los componentes de la banda que manejó en todo aquel tiempo. Y a los que iba a brindar el espectáculo de un ser quemado, pero todavía vivo, capaz de reconocer su estado. Por supuesto que la Cheplor no iba a ser incendiada y que la investigación sobre aquel material nuevo no se perdería, sino que volvería a su procedencia.

Oyó voces en el exterior, ruido de pasos. Y se encaramó al altar y juntó su mirada a la de los agujeros por dónde veía el condenado. Ya escapaba por aquellas rendijas un nauseabundo olor a asado humano, y una vaharada de insoportable calor.

—¿Calentito, eh? ¡Animo! Ya falta poco. Espero que sepas lo que sintieron tus víctimas entre las llamas, aunque ellos no tardaron tanto en tostarse.

Unos broncos murmullos atravesaron la hendidura de la boca.

—Calma, calma. Ahora te liberarán tus amigos. A ellos les gustará ver cómo has quedado.

Se metió en una especie de hornacina desde donde podía contemplar al

muñeco-horno y al espacio descubierto. La desvencijada puerta del templo se abrió y se presentaron los que él había convocado. Examinaron en derredor con desconfianza y con cierto asombro las luces que alumbraban el frío recinto. Luego, clavaron sus ojos en la figura del fondo.

—Parece una envoltura de momia —comentó Tobin.

Merle fue quien se aproximó paso a paso, sin apartar la vista de aquel féretro de barro. Y percibió las tufaradas de humo a la vez que su pituitaria recogía el desagradable olor.

—¡Están quemando a alguien ahí dentro! —gritó.

—¿Eh? ¿Cómo es posible...?

Por espacio de unos segundos permanecieron indecisos. Luego, corrieron junto al artefacto. Tobin desenchufó y, pese al calor que despedía, Merle soltó los cierres del costado. Y aquello se separó con violencia. Ante los aterrados iris de las seis personas se presentó el rojo, hinchado cuerpo de Xenophon Karnoss que, con un último esfuerzo, salió de su prisión ardiente y echó un paso al frente.

Retrocedieron los otros y Ethel dejó escapar un lancinante chillido. La monstruosa figura tendió los brazos, abrió los labios que habían estallado y eran una pulpa sangrante, y se desplomó hacia delante, cayendo del altar al suelo.

Oyeron entonces una áspera risa, y solamente tuvieron ocasión de contemplar una figura que salía de la nave, una figura que cubría su cabeza con un velo.

* * *

Judson Gimpel penetró en su casa y fue a su cuarto. Con unos movimientos especialmente lentos se aproximó al armario y lo abrió. La luna interior estaba cubierta con un paño. Lo retiró. A continuación, y con la misma desesperante parsimonia, fue desnudándose. Con unos cuantos tirones se arrancó la peluca. Y la máscara que cubría su rostro, que se reflejó como una espantosa hortaliza morada.

—¡Qué cutis tan bello! ¿No es verdad, Eva, Eva resurgida de las cenizas como el Ave Fénix? Es igual que porcelana china transparente. Ningún semblante tan bello como el tuyo...

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.